



TO  
Concurso  
de Cuentos  
Radio Santa María

Cuentos  
Ganadores 1997





to  
S Concurso de Cuentos  
RADIO  
SANTA  
MARÍA  
1 9 9 7



Primera Edición, 1998  
Antología - 5to Concurso de Cuentos 1997  
Radio Santa María

Gráficas:  
HOMERO HERRERA  
MARTHA DE OLLOQUÍ  
Y ALEXANDRA ALVAREZ.

Diseño de portada:  
EFRAÍM CANARIO.

Diseño y cuidado de Edición;  
digitación, corrección de originales y pruebas:  
CARLOS FERNÁNDEZ-ROCHA.

Diagramación y Composición:  
CARLOS ALBERTO FERNÁNDEZ-ROCHA

Impreso en República Dominicana por:  
AMIGO DEL HOGAR  
Santo Domingo, D.N.



# INDICE

---

<b>Palabras de Presentación</b>	<b>Página</b>
---------------------------------	---------------

P. José Somoza, S.J. ....	7
---------------------------	---

## **I Cuentos Premiados:**

Por el trayecto de la madrugada .....	11
Delirium .....	23
La Mudanza .....	29
El Círculo Infinito .....	37
El último recodo de la luz .....	43

## **II Menciones:**

El Recuerdo de Asdrúbal .....	60
Pasión de la Noche .....	69
24 de diciembre .....	74
La Carta .....	80
Donde pueda, chofer.....	94

## **III Anexos:**

“La experiencia del Concurso de Cuentos de Radio Santa María” .....	100
Acta Unica .....	104



## PALABRAS DE PRESENTACIÓN

---

El "Concurso de Cuentos de Radio Santa María" se viste de largo esta vez para celebrar sus cinco años de vida. Y esto no es fruto de la exageración ni una forma velada de alabarnos mutuamente para que esto nos haga sentir mejor. En una sociedad que se ha acostumbrado a que todas las cosas y hasta las instituciones que deberían ser ejemplo de solidez, aparezcan y desaparezcan con la misma facilidad, cumplir cinco años es una conquista.

Y lo que es mejor aún, la conquista está ante todo en haber logrado que acudan a este certamen de la creación literaria jóvenes de ambos sexos, sobre todo del vecindario y

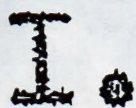
círculo de acción de Radio Santa María (La Vega, Santiago, Moca, San Francisco de Macorís, Bonao, Cotuí, etc...); pero también de otros ángulos de nuestro mapa y de fuera de él, como ocurre con las comunidades dominicanas de Nueva York. Esta espontaneidad y entusiasmo de los jóvenes de concursar es algo que no queremos perder, sino mejorar año tras año en lo que cabe.

Quizás alguno pensará que las motivaciones de estos jóvenes concursantes no son tan sinceras ni legítimas. Que los diez jóvenes autores que aparecen en esta antología buscan su ingreso en nuestro mercado literario y para eso se exponen a dar el salto que supone un concurso. No me parece que haya nada de ilegítimo en eso. El autor, aún en el caso de los ya consagrados, escriben para decir que están aquí, que quieren y saben escribir y, a fin de cuentas, "para que les quieran" como decía con tanta espontaneidad y desenfado Federico García Lorca excepcional poeta español del que celebramos el centenario en este 1998.

El patrocinio de E. León Jimenes y el canal facilitador de Radio Santa María han hecho posible un año más que cuatro jóvenes literatas y seis jóvenes literatos, en su mayoría nuevos en el oficio, se den a conocer a los lectores en esta nueva antología de narraciones breves. Es un logro más, no tenemos empacho en decirlo, pero quisiéramos ante todo que sea también un anzuelo y un estímulo para que otros talentos escondidos salgan a flote en el sexto concurso de cuentos...

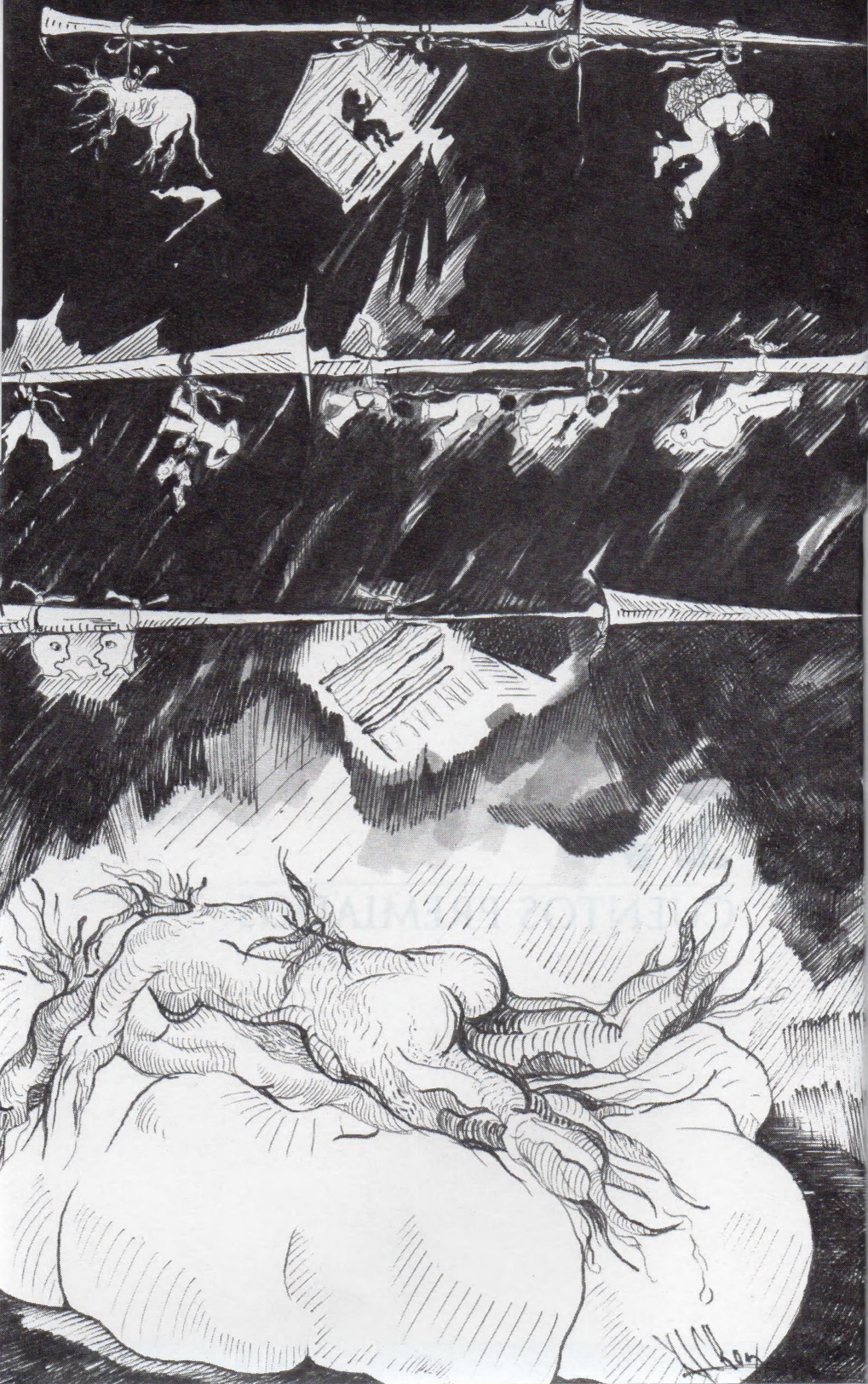
P. José Somoza, S.J.  
Director  
Radio Santa María





---

CUENTOS PREMIADOS.





PRIMER PREMIO:

---

## Por el trayecto de la madrugada

**Seudónimo:** El Turey de Washington Heights

**Autor:** Diógenes Abréu,  
Cotuí-New York.

Julio entró a las primeras calles del barrio. En ellas solo encontró los costilludos perros desgarrando las sombras de los zafacones. Eran perros que parecían no haberse movido del mismo lugar por muchos años. Miró el reloj, la una de la madrugada.

Cuando la luz amarillenta del farol embistió su rostro, Julio sabía que se encontraba frente a la barra más famosa del barrio. Observó el interior del establecimiento. En la intimi-

dad verdosa de la barra descubrió unos muslos de mujer color café que brotaban de una mini falda roja ceñida a la carne fornida. La brillantez de la falda se complementaba con el amarillo canario del calzado en que terminaban esas piernas. Los zapatos parecían tragarse los pies de la mujer como peces hambrientos. Ella estaba sentada de perfil; tenía el codo apoyado en el mostrador y la cabeza descansando en la mano derecha; miraba fijamente hacia la nada. Todo este espectáculo quedaba enmarcado dentro de la única puerta abierta que tenía la Barra El Pichón de la Calle Aurora.

La música que salía de la barra empujaba el olor a cerveza hacia la calle. Julio pareció detenerse por un instante mirando fijamente hacia el establecimiento. La mujer sentada dentro olfateó su presencia e imaginó que su último cliente la observaba. Pero él continuó caminando lentamente.

Luego de cruzar frente a la barra, Julio no tuvo más opción que enfrentarse al descarnado silencio de la Calle Mirabal. Cada bombillo parecía un perfecto panal de avispas debajo de los aleros de las casas de madera y techos de zinc. La calle no estaba bien iluminada. La arquitectura de las casas y la gran cantidad de alambres eléctricos, entrelazados como largas lombrices, le daban un aspecto misterioso al ambiente. Este misterio hizo que Julio divisara una sombra que avanzaba desde lejos. La sombra era producida por una figura que se acercaba con más prisa de la que él llevaba. La figura le pareció de todo, menos gente. Metió la mano en los bolsillos con notable precaución. Pensó por un momento tratando de concluir qué era lo que avanzaba hacia él. La figura aquella se acercaba decididamente. Enfocó los ojos hacia ciertos detalles



anatómicos y se convenció que era gente. Entonces caminó hacia él dispuesto a no dejarse intimidar.

Cuando estuvo más cerca Julio entendió que su imaginación lo había traicionado. La totuma de buey que figuró no era más que un saco lleno de botellas vacías; a través del ventilado tejido lo podía confirmar. El pico de águila que creyó ver claramente desde lejos era tan solo la gorra que llevaba el hombre que avanzaba hacia él en forma apresurada. Julio sacó las manos de sus bolsillos y se tanteó la cintura como para desvanecer cualquier intento de agresión en su contra. El hombre se cambió el saco hacia el hombro izquierdo sin dejar de mirar a Julio. Este gesto le pareció muy sospechoso y preparó su mente para cualquiera cosa inesperada. Ya estando bien cerca, ambos cruzaron miradas. Cada uno fue golpeado por el miedo del otro. Las manos le sudaban. Era la primera vez que ambos empuñaban el silencio con tanto miedo.

- ¡Hola!, dijo el hombre con voz seca y breve.

- Hola buenas noches, contestó Julio sintiendo que su cuchillo de miedo se le derramaba entre los dedos.

Un alivio profundo le embargó al ver que el peligro se alejaba con su totuma y su pico de águila; con la misma prisa, pero caminando como gente. Entonces dobló por la calle 32. Quiso pararse para respirar profundo, pero la madrugada estaba fría. Decidió entonces contar los árboles y seguir hasta que al llegar a la curva se paró de golpe. Estaba en medio de la calle frente a la mata de caucho. El no creía en eso de muertos y apariciones, pero cada vez que iba a doblar esa curva de noche se santiguaba.

En esa misma curva habían encontrado el cadáver mutilado de Marta, una de las prostitutas de la Barra El Pichón. Siempre que Julio cruzaba por ahí, no podía evitar que los recuerdos le aguaran los ojos y la memoria:

- Mira Julio, yo no digo que me alegra la muerte de esa mujer, pero hay que aceptar que Marta era una mujer de mala vida.

- Pedro, Marta era un ser humano; eso es lo que era.

Sí Julio, pero ella tuvo problemas con todo el mundo; hasta con su comadre que le cuidaba la niña se peleó. Por eso fue que se le murió la muchachita. Dime tu, ¿quién ha visto que una mujer de la calle pueda hacerse cargo de una niña de esa edad?

- Pero fue en el hospital que se le murió. No fue su culpa.

- Se le murió porque no la cuidaba...

- No, se le murió porque no tenía los medicamentos que la niña necesitaba cuando la llevaron al hospital. Marta no tenía dinero para comprarlos y de nada valieron los esfuerzos de los médicos para llevarla a otro hospital. Se murió en la misma camilla en que la llevaban.

- Bueno Julio, yo solo sé que esa mujer se volvió loca con esa muerte. En el mismo hospital frente a todo el mundo, sacó una navaja de entre los senos, se sentó en un banco y se descuartizó el muslo derecho. Según se dijo luego, dizque estaba tratando de borrar de la piel el nombre de Agapito, el padre de la niña. Tenía el nombre escrito con tinta china en el muslo. Al verse brotando tanta sangre se desmayó...

- Marta era mi amiga, Pedro...

- Y mía también, Julio.

- Tu sabes el daño que le hizo Agapito...

- ¡Adiós carajo, cómo no lo voy a saber! La preñó y la abandonó. Pero ella sabía que Agapito es un sinvergüenza. El no se conduce de nadie.

- El la engañó con mentiras, Pedro...

- Y ella se tiró a la perdición. Por qué mejor no se puso a trabajar decentemente para criar a su hija, ¿ah?

"Porque no aparece trabajo para nadie..." recordó Julio que le había dicho a Pedro cuando tuvieron esa conversación el día en que enterraron los pedazos del cuerpo de Marta. Sin darse cuenta, la curva quedó atrás, doblada como el rabo de un perro. Julio siguió pensando...

A Marta no la mataron porque fuera prostituta. Cuando la agarraron presa, el teniente Tatico la acusó de la muerte del cabo Mena, el que mataron en la Barra el Pichón. Su argumento era que ella estuvo bebiendo con el militar la noche anterior. Supuestamente, después de haberse emborrachado juntos, Marta amenazó al cabo Mena porque él se acostó con ella y no le pagó. Mena dizque le dijo que la metería presa si seguía jodiendo y llamándole "cubero".

De hecho, el cabo Mena junto con el raso Rafelito era el terror de las barras. Ambos militares a veces entraban a dichos establecimientos y ponían a todo el mundo contra la pared, con las manos sobre la cabeza. Registraban a cada persona, así fuera hombre o mujer. Colocaban todo el dinero encontrado sobre una de las mesas. El cabo Mena manoseaba e insultaba a las mujeres mientras les decía a los hombres que no se juntaran con cosas tan "sucias". El raso Rafelito, por su parte, contaba el dinero y sacaba un cuarenta por ciento del total.

- Este por ciento, explicaba el raso, le pertenece a esta patrulla policial como pago a los servicios de protección a la ciudadanía de este sector. Mientras ustedes se divierten con estas putas, nosotros arriesgamos nuestras vidas en la lucha contra la delincuencia y el crimen.

Así vociferaba Rafelito, desde una silla, a los hombres que estuvieran en la barra, aún con sus caras contra la pared. El grito vidrioso del vaso contra el piso, significaba que el cabo Mena había terminado su trago y ya se iba.

Nadie se atrevía a mirar mientras la patrulla salía muerta de risa de la barra. Hacerlo sería sentenciarse a muerte. La frustración y la cólera se apoderaban del lugar tan pronto la pareja de uniformados terminaba con su "servicio a la ciudadanía". Muchos juraban venganza, olvidándose de su incapacidad para enfrentar a dos tipos de tal calaña.

Esa era la historia del cabo Mena y Rafelito. La del teniente Tatico era distinta. Su fama de hombre recio y sin alma hacía temblar los corazones de los jóvenes del barrio. Uno de cada diez jóvenes tenía en su cuerpo una marca que le recordara su encuentro con Tatico. Según los rumores, a Tatico lo mataron de una brujería.

Cuentan que Tatico fue de los que más haitianos capturó cuando el gobierno desató la ola de apresamientos contra ellos para obligarlos a cortar caña. Tatico los agarraba donde estuvieran. Los hacía desfilar a lo largo de las principales calles del barrio, para luego tirarlos en uno de los camiones del ayuntamiento que esperaban frente al cuartel policial. Durante todo el desfile, los haitianos iban amarrados uno a otro con una sogá al cuello y sus escasas pertenencias meti-



das en sacos de henequén apretados bajo el brazo. Parecían búfalos empapados de polvo y sudor, obligados dirigirse hacia un precipicio.

- "No podemos permitirnos que la justicia sea burlada ni violada por nadie, mientras nuestro país viva en un estado de derechos y libertades. Con nuestras acciones estamos logrando, Gracias a Dios, el sosiego y la paz de la ciudadanía. Ustedes como haitianos, deben respetar las leyes de este país y a cogerse a las disposiciones del gobierno. Para eso han sido traídos aquí bajo contrato firmado por nuestros dos gobiernos que actúan con todo apego a la constitución de cada país."

Así discurseaba Tatico desde la alta acera de cemento del destacamento policial a la negrosa plantación de haitianos apilados como sacos sobre los camiones.

Dice la gente que en una de esas redadas Tatico golpeó salvajemente a un haitiano. El hombre se oponía a que lo forzaran a cortar caña. Según mostraba sus documentos, él era nacionalizado dominicano. Ningún contrato sobre haitianos podía ser aplicado contra él. Tatico, en su afán por hacer cumplir "la ley", no hizo caso a tales argumentos y la paliza propinada fue casi mortal.

- "No te apure, Tatico. Tu va'pagá podeso que me isite", dizque aseguró el haitiano con la boca llena de sangre.

A los seis meses Tatico cayó con fiebres. Tan altas eran las calenturas que casi se le veía el resplandor del calor por encima de la piel. Por las noches las fiebres casi desaparecían, pero no podía dormir acosado por unos terribles sueños. Hasta se vió obligado a tomar pastillas para los nervios. Una

noche soñó que al abrir la ducha, en vez de agua salió un chorro de chicharras amarillas. Con su ensordecedor chirrido, las chicharras rompieron todos los cristales de la casa. Esa noche las pastillas para los nervios no hicieron efecto, se meó y se cagó en la cama...

Un mes más tarde, le salió una pequeña llaga en el pie derecho; algo así como una masamorra de zapato. Tatico optó por usar remedios caseros. La pierna se le fue hinchando hasta que todo parecía muslo. Durante el día la pierna se tornaba rojiza y brillante; en la noche se transformaba en azulosa y reseca. Ya no se le veía el tobillo ni la rodilla. El tamaño creciente de la llaga no indicaba que fuese masamorra. Adentro estaba lleno de humores acuosos que semejaban carne podrida.

"Gangrena", diagnosticaron los médicos. Sugirieron la amputación de la pierna hasta la rodilla, para que evitara perderla por completo o tuviera que enfrentarse a la muerte. Sin opción y con apego a la vida, Tatico siguió el consejo de los médicos con una resignación ajena a su personalidad.

Los militares en el destacamento policial intentaron mantener en secreto la amputación de la pierna. En el cuartel se explicaba que el teniente Tatico había sido ascendido a un puesto de mando de más importancia. Esa era la razón por la cual el teniente no era visto en el cuartel por tanto tiempo.

En el barrio entero se empezaron a embrollar unos rumores sobre la posible destitución del teniente. En los carros del transporte público se rumoraba que el teniente había sido destituido porque le dio una paliza a un estudiante universitario, sin saber que el mismo era el hijo de un mayor del

ejército. Supuestamente, de acuerdo a esta versión, el mayor fue al cuartel comandado por Tatico y en presencia de todos le entró a bofetadas y pidió a su escolta que lo apresara.

En los autobuses del transporte público, sin embargo, se aseguraba que Tatico había cometido el gravísimo error de violar una hija de un influyente funcionario del gobierno. Cuando la muchacha informó a su padre del hecho, la estrechó entre sus brazos y le prometió vengarse. El funcionario, según la versión, se entrevistó con alguien en el Palacio de Gobierno y la orden bajó directo de la Presidencia: preso y destituido deshonorosamente de la institución policial.

En los carros y en los autobuses existió entonces una sola versión: el Teniente pasó a ser "El Mocho". "Se está muriendo El Mocho", afirmaban algunos...

Se supo que un sábado por la mañana Tatico notó el desproporcionado crecimiento de su estómago. Había crecido tanto, que su ombligo desapareció por completo. Acostado como estaba, su barriga le parecía una montaña frente a su cara. No podía ver ni siquiera el reloj que estaba sobre su mesita de noche. Intentó sentarse en la cama, pero su volumen estomacal le impedía los movimientos necesarios para tal hazaña. Como pudo, rodó de lado sobre la cama; llevó hasta el borde de la cama su pierna entera y el pedazo que le quedaba de la otra. Así logró lo que antes había fracasado: sentó su cuerpo sobre el borde de la cama. Apretaba fuertemente el colchón con sus manos para poder mantener la posición: sentía sus ojos terrosos, la lengua pesada y reseca como la baqueta de un colín.

Apenas logró sentarse, gritó como un becerro al ser

apuñalado. Su grito hizo estremecer el silencio de la mañana sabatina. Un charco de sol entraba por una ventana de cristales frente a su cama. Tatico fijó sus ojos en el charco de luz y cayó seco, como si hubiera querido beberse el sol para saciar la oscuridad de su alma en pena.

Cuando su mujer lo encontró muerto, casi flotando en un mar de vómitos y sol. Ella no logró salir de su asombro. Apenas podía creer lo que veía: Tatico había vomitado cuatro abejones negros de una pulgada cada uno. Los animalitos se encontraban colocados en forma de cruz en el centro del charco de vómitos. Así murió Tatico.

- "Bueno, eso dice la gente del barrio", pensó Julio.

Cuando Julio dejó atrás tales recuerdos, volvió a sentir el frío de la madrugada; deshechó la Calle 6 y tomó la Restauración. Esta es una calle con dos alambradas de casas que parecen empujarse una a otra por los costados. Las casas están pintadas de colores vibrantes y variados. El único color triste lo tiene la casa de Don Manuel porque la pinta cada tres años, no anualmente como hacen los demás. El, además, usa un color cal ceniciento, la misma pintura con la que pinta las tumbas del cementerio. Cada poco que le sobra lo acumula, hasta que tiene suficiente para pintar su propia casa. La gente llama a su casa "La Tumba de Don Manuel".

La Restauración podría ser considerada una calle hermosa. Julio se la sabe de memoria. En ella su niñez se revolcó en juegos fantásticos, hasta que, ya adolescente, Ana le jijo que sí y él empezó a empuñarle los abundantes senos. Unos senos que perforaban la luz de la luna cuando Ana, en brazos de Julio, se sacudía para escapársele a los deseos de que él se



la comiera entera. Fue en esa calle donde, una noche, con el placer tragándose la voz de Ana, Julio le dijo entre dientes:

- Te amo. Cuando termines los estudios nos casamos. Invitaremos a todos los muchachos del barrio. Será una boda sencilla.

Esa noche, Ana no supo si gemir por la dulzura de aquellas palabras o por el intenso placer que sus piernas aprisionaban una contra otra.

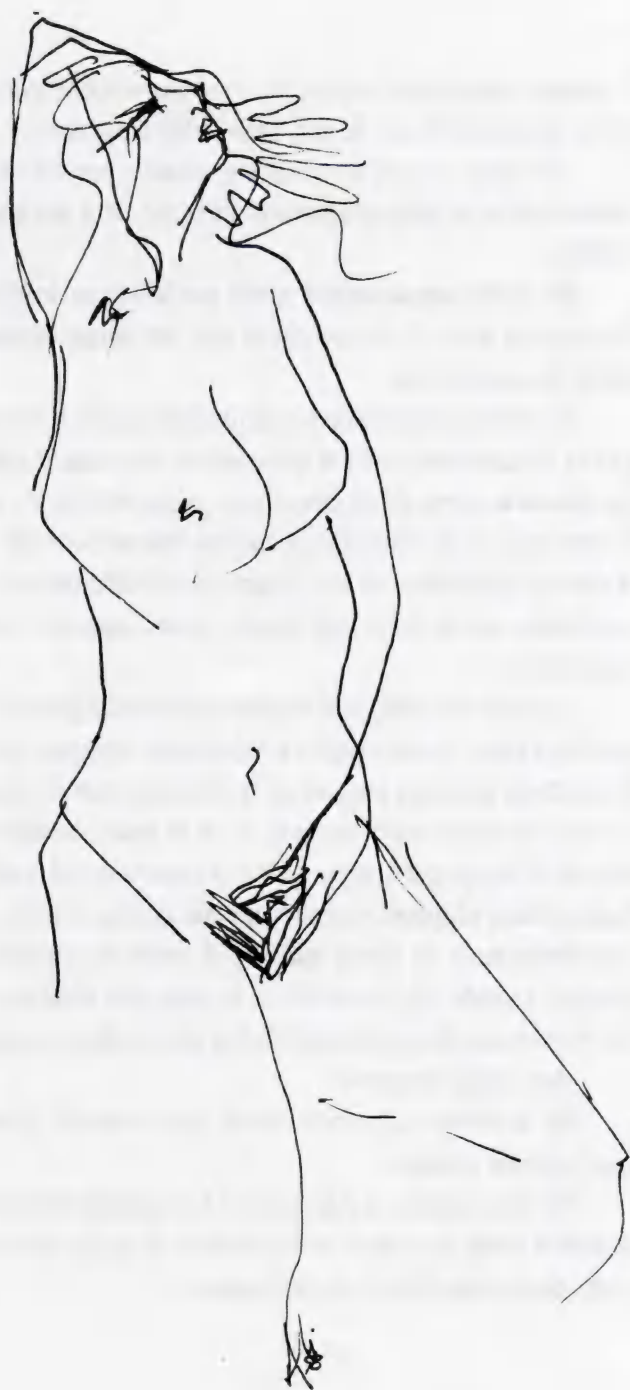
Sin notarlo, después de tantos recuerdos, Julio había llegado a la entrada del callejón que conduce a su casa. El callejón parecía la arteria de un hipertenso: coágulos de luz y sombra estropeaban la visión del que entraba. Saló un bombillo de la casa de Villamellero da luz al lugar. El bombillo parece un dormitante ojo de chivo que observa cuidadosamente todo movimiento.

Ya frente a su casa, Julio empujó el desteñido portón de madera y entró. La casa seguía inmóvil como siempre. Abrió la puerta de entrada y penetró en la oscuridad, casi sin respirar para no hacer ruido. Estando ya en el baño, decidió no mirarse al espejo para no pensar en el cansancio y el sueño. Caminó hacia el aposento como gato que acecha un ratón. El dormitorio tenía un olor a mujer, y el aroma le espantó la soledad. Cuando Julio se acostó en la cama, una tibieza se le fue encima cuando sintió la piel de Ana sobre todo su cuerpo.

-Ana, ¿estás despierta?

-Sí, te estaba esperando. ¿Estás muy cansado? Quiero que hagamos el amor.

No hubo respuesta. Julio sintió a Ana rodando desde los hombros hasta las palmas de sus manos. El olor a mujer le quitó de encima el frío de la madrugada.



SEGUNDO PREMIO:

## Delirium

**Seudónimo:** Aguja

**Autor:** Mérida García,  
Cotuí.

Estoy enferma. Gravemente enferma. Sé cuál es la causa de mi enfermedad. Sé cuál es su única cura. Pero esa cura no me llegará nunca. De eso estoy segura. Dolorosamente segura. Estoy enferma, enferma de pasión. Siento como miles de brasas me recorren por dentro y llenan de fuego todo el interior de mi cuerpo hasta calcinarme el alma.

Desde hace tiempo llevo esta enfermedad en mi cuerpo y en mi espíritu. Y cada día, lejos de aliviarme, empeoro.

Ahora mismo, tengo a mi marido encima de mí. Siempre que hacemos el amor, él está encima de mí. Nunca ha variado esa posición. Es extremadamente aburrido, monótono, mecánico. Pero a mí, poco me importa una posición u otra. Con mi marido, eso carece de importancia. ¡Si fuera con la otra persona... seguro ya habría yo inventado infinidad de posturas! Sin embargo, con mi marido, todo me da igual. El siempre ha procurado solo su satisfacción. No le importa si yo quedo satisfecha o no. Y lo curioso es que aunque para él lo que sienta yo, no cuente, me quedo satisfecha cuando hacemos el amor o el acto sexual, para hablar con más propiedad, porque no hago el amor con él. No... Cuando sus manos me acarician, cuando su lengua hurga en el interior de mi boca o de mis senos, para mí es otra lengua lo que me hurga. Y llego al orgasmo con esa fantasía.

Ahora mismo estoy debajo de mi marido, pero siento que estoy debajo de otro cuerpo. ¡Dos mío, cuánto me gustaría estar debajo de ese otro cuerpo! O encima... O de lado. Pero tengo que estar debajo del cuerpo de mi marido. Un marido por el que nunca he tenido el menor deseo. Que nunca ha despertado en mí la más ligera calentura. Un marido a quien desde que me hice su novia, solo lo vi como posibilidad de escalar en el mundo social. Un marido que me proporciona acceso a los clubes de la high, a sus fiestas. Un marido por el cual puedo codearme con las señoras del pueblo y aparecer como una gran dama. Por eso, soporto estoicamente sus caricias. Tal vez no sea honrado de mi parte decir que



soporto sus caricias estoicamente, pues mientras él se enciende un poco durante el acto sexual (nunca llega a encenderse totalmente), yo cierro los ojos y me transporto hasta la casa de al lado donde, seguramente, en estos mismos instantes, están la vecina y su amante haciendo el amor. Y solo tengo que imaginarme que son otras las manos las que acarician mi piel y es otra lengua la que me recorre, para que yo sí me encienda totalmente y comience a mover rítmicamente mi cuerpo al compás de ese pensamiento. Y el estúpido de mi marido seguramente está convencido de que él es quien provoca este desbordamiento.

¡Dios mío, solo anhelo tener esa otra piel desnuda sobre mi piel desnuda! ¡Cuánto anhelo tener esas manos recorriendo mi cuerpo!

Ahora mismo quizás la vecina y su amante están inventando las posturas más inverosímiles. Ahora mismo quizás él le estará susurrando frases llenas de fuego y hará que ella sienta todo su cuerpo invadido por oleadas de brasas. Y vibrarán y gemirán y sus vibraciones y gemidos estarán inundados de ardor, de un dulce ardor.

Los imagino tendidos en el piso (a mi marido nunca se le ocurriría hacer el amor en el piso, siempre en la cama) o bajo la ducha (a mi marido nunca se le ocurriría hacer el amor bajo la ducha), ambos desnudos, apretados, mojados por fuera por el agua que sale de la ducha, mojados por dentro por los líquidos ardientes que corren en el interior de los cuerpos.

Estoy enferma, gravemente enferma. Siempre atenta a la casa de al lado. Algunas veces, en las mañanas, cuando veo lle-

gar al amante de mi vecina y que tras su llegada se cierra la puerta delantera, de inmediato supongo que están iniciando su ritual amoroso (a mi marido nunca se le ocurriría hacer el amor en la mañana, solo de noche)...

Estoy ahora debajo de mi marido, sé que son sus manos las que están sobre mi piel. Y él piensa que me produce placer. Pero no. El placer me lo produce pensar que tengo otro cuerpo sobre el mío.

No es frecuente que yo tenga estas fantasías mientras mi marido está encima de mí, pues él solo hace el amor una vez por semana. Los sábados en la noche, porque ese día y el siguiente no tiene que ir a trabajar. Los demás días de la semana está tan ocupado que siempre llega a la casa muy cansado y solo atina a cenar y echarse a dormir como un lirón. Los domingos tenemos una intensa vida social y también llega cansado en la noche.

Pero eso a mí no me preocupa, porque siempre dispongo, todos los días, de tiempo para tener mis fantasías eróticas y en ellas sueño despierta con unas manos, con unos labios que recorren mi cuerpo desnudo. En esos momentos me desnudo, me acuesto, cierro los ojos y me masturbo. Hay días en que son incontables las veces que me masturbo soñando con esas manos, con esos labios, con ese cuerpo...

¡Dios mío, cuánto me gusta esa mujer!









TERCER PREMIO:

---

## La Mudanza

**Seudónimo:** Mignon

**Autor:** Delta Soto,  
Santo Domingo.

Estaba sentada en su mecedora de hierro en la segunda terraza... galería... balcón, donde siempre lo hacía. La luz del atardecer le daba reflejos extraños a su cara. Parecía enferma. En su rostro las marcadas arrugas, ahora no disimuladas por ningún maquillaje, se notaban más.

El pelo entre cobre y nieve empezaba a dejar pequeños surcos de cráneo transparente. La verdad era que había envejecido de golpe.

De vez en cuando miraba hacia adentro, al través de la reja de hierro negro y de las persianas metálicas blancas.

Allí adentro todo era un gran amontonamiento de cajas y cajas; algunas alfombras enrolladas, lámparas descolgadas.

Sobre la pared ningún retrato o cuadro. Solo al fondo, al lado de la gran vitrina de su comedor de lujo, orgulloso de su bienestar adquirido durante sus muchos años de aguantar, estaba la bandeja o platón de plata que le habían dado a él y a ella (lo recuerda bien, lo dijo el Señor General: "¡Esto es para los dos!... Los dos se lo han ganado por sus muchos y largos años de compartir la dura vida del militar".) Eso fue aquel día del homenaje de su jubilación. Y allí estaba, colgada en la pared como único adorno, parecía un estandarte o un escudo de nobles. En realidad no sabía qué hacer con ella. Pero de algo estaba segura... no se la iba a devolver...

Se levantó con desgano y caminó entre los bultos y tereques. Parecía perdida entre las cosas:

Cuántas veces, durante treintaicinco largos años había hecho esas mismas cajas, poco más o menos... Siempre embalar... después desembalar. Conocía todo el país. Desde los pequeños pueblos del este con sus ingenios y sus braceros. Con su calor agobiante y sus casas con ventanas y puertas protegidas por telas metálicas para combatir los mosquitos y malles; los tranquilos pueblos de las zonas montañosas, con sus casitas de madera aisladas por grandes árboles. Los caseríos de los militares, siempre con casas iguales, de colores fuertes, sin flores, pero con vigilantes de verde olivo, que al principio, por las noches, ella confundía con los árboles... y hasta los despoblados caseríos de la fron-

tera ardiente y perenne bajo el sol... y sus guazábaras...

Tenía práctica en recoger y empaquetar sus trastes... Los espejos los forraba, después de desmontarlos, con las colchas más gruesas y viejas... Las sillas y mecedoras roteadas con papel de periódicos y amarradas con cáñamos o sogas... La loza envuelta en papeles metidos en cajas de aserrín o más papeles para evitar que se rompieran en el camino.

La lámpara de bronce y porcelana era siempre lo último en desmontar. Parecía que era su amuleto. Había un extremo y cuidadoso cariño al quitar los seis vasos de color hueso y envolverlos en papeles y papeles... Generalmente la llevaba en el asiento de atrás del carro de él, donde ella iba o la llevaba en su regazo como si fuera un niño, cuando iba en el camión. Es verdad que el cobre había perdido color con los años. ¡Cuántas veces había querido pintarla de dorado para devolverle su esplendor! Pero las hijas, que sabían mucho más que ella, le habían dicho alarmadas que no. "Eso no se usa; mientras más se vea la pátina, adquieren más valor y son más bellas las cosas...", decían.

Ella no conocía esa palabra..."pátina", pero intuía que tenía algo que ver con la vejez y por eso permanecía la vieja lámpara igual, aunque a ella le hubiese gustado verla resplandeciente, color de oro...

Entró a la cocina... salió... , entró al baño... salió... No sabía qué hacer... Su trabajo de siempre estaba terminado. No entendía por qué no estaba parqueado junto a la acera el camión de placa oficial y los hombres de verde olivo cargando las cosas.

Por qué tenía que encargarse ella de eso... Nunca lo

había hecho. No sabía siquiera cuánto había que pagar por una mudanza o si en verdad necesitaba de un camión o de una camioneta...

Y ahora, de golpe, había comprendido que estaba sola... Todo tendría que ser resuelto por ella.

Comenzó a revisar las habitaciones para ver si todo estaba recogido y allí, en el cuarto de él, su antigua "oficina", estaba aquel viejo baúl de hierro.

Siempre fue un misterio para ella ese viejo baúl. El nunca lo dejaba en las mudanzas; lo trasladaba junto con sus armas, su pequeña nevera ejecutiva, su ropa y sus papeles. Siempre estaba cerrado con aquel candado grande y herrumbroso. Sin embargo, cuando él recogió sus cosas, lo dejó... Durante unos días, los primeros, no se había dado cuenta de que estaba ahí. Era tanta su sorpresa, su dolor, su ira... que no se había percatado de su presencia. Pero después, cuando hubo que continuar con la vida... hacer las labores cotidianas y sobre todo sonreír y aparentar que no estaba dolida, lo vio... Algo latió fuerte, allí en el fondo de su pecho... parecía que le pinchaban agujas...

¡Cuántas veces había creído que allí se guardaba el dinero que todo el mundo decía que él tenía! Al fin iba a encontrar ese dinero.

-¿Dónde estará el destornillador en este reburujo de cosas?", pensó.

Por imposible descartó la idea de buscarlo. Un cuchillo es más fácil y la caja de la loza no estaba cerrada. Lo buscó y fue a abrirlo. Tomó el candado en las manos y al hacerlo se dio cuenta de que estaba abierto... Lo quitó. Tenía miedo de



levantar la tapa... Lo hizo al fin... Un fuerte olor a naftalina le golpeó el aliento... Miró ávidamente...Allí solo se veían papeles amarillentos y rotos... mapas marítimos... y libros viejos, también rotos y amrillentos... Nada, solo eso, papeles y libros... y allá en el fondo, algo que parecía una fotografía. La cogió. Quitó el polvo y el moho y allí estaban ellos sonrientes y felices...

¡Cuánto tiempo había pasado desde ese día de la foto! Sí, recuerda bien, fue cuando se casaron después de convivir por muchos años... Era necesario el matrimonio y aunque ella lo había deseado desde un principio, nunca se atrevió a plantearlo. Pero ahora, según él, era necesario el matrimonio. Ya era teniente, necesitaba el "status" y aunque siempre la había tratado como a su esposa y muchos creân que lo era, él quería sentirse protegido. La entrada a los bailes del Club; la tarjeta para el Hospital y además, el reconocimiento de sus superiores ; porque ya, al fin, había sentado cabeza...

Todo vino a su memoria... Su traje, el de ella, bordado con mostacillas y lentejuelas, todo de color blanco, hecho con sus propias manos. De su labor como costurera, cuando se conocieron, habían vivido por años. El era sargento y ganaba poco; además, tenía que mantener a los dos hijos que había tenido hace mucho tiempo... El traje de él, oscuro, con sus cordones, botones y charreteras doradas. Aquel viejo quepis con sus cordones también dorados, lo había cepillado tantas veces... siempre de prisa, nunca avisaba con tiempo cuando había una inspección o una recepción y nunca había tiempo para nada. A las cinco de la mañana se levantaba él y con él los ruidos de la casa, las noticias de la radio, los guardias a los

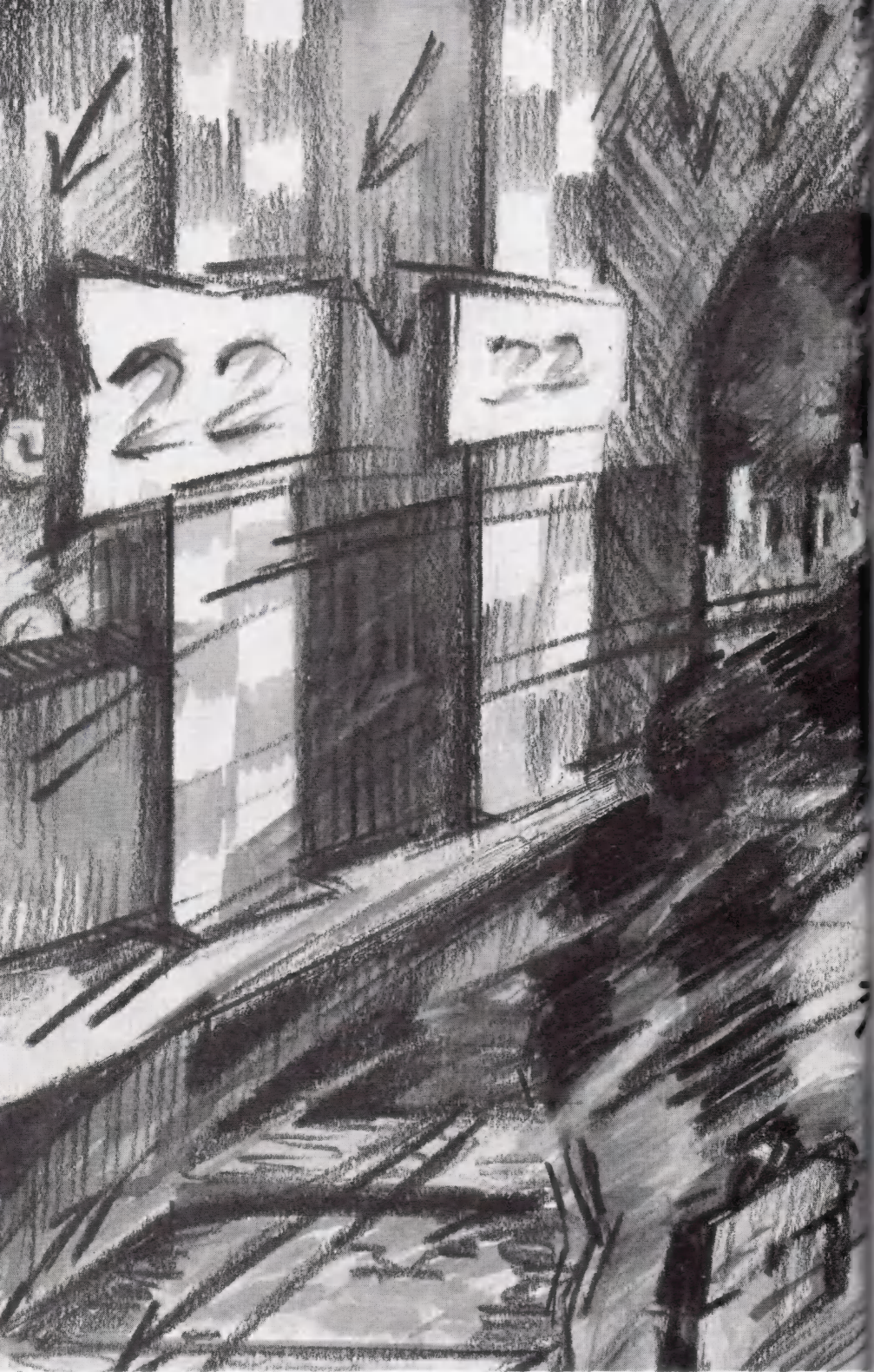
que tenía que prepararles el desayuno... y a él su jugo de toronjas sin azúcar... siempre igual, aunque ni en el mercado, ni en el colmado, ni el marchante las tuviera, había que buscarlas...

Y ahora todo había terminado. Simplemente. El tenía que vivir con sus hijos procreados con aquella nueva mujer que tanta maldad, por muchos años, le había hecho a ella... Así le había dicho. No podía seguir con esa vida dividida... Y ella, sus treintaicinco años transhumante y verde olivo, siempre verde y amarillo por doquier, debía continuar.

Solo quedaban aquellos muebles empacados y el compromiso de tener que buscarle un camión...









CUARTO PREMIO:

## **El Círculo Infinito**

**Seudónimo:** Asterion

**Nombre:** Rodín Fadul

Santiago

Esa mañana llegó a la estación tal y como lo hacía diariamente. Su chaleco de casimir sostenido en el antebrazo derecho, en su mano izquierda el maletín. Con la prisa de siempre recorrió las escaleras hasta el área de espera. Al bajar se detuvo instantáneamente. Quedó paralizado por completo. Miró a su alrededor, luego empezó a caminar con pasos cortos y lentos. El sonido sólido y seco de sus zapatos retumbaron en

la penumbra. Llegó hasta uno de los bancos de espera y se dejó caer en él.

- Está vacía, quiso casi reír al decirse esto. ¡No hay nadie!

Sus ojos empezaron a divagar por la estación. En las columnas de baldosas azul y blanco de la derecha, el letrero se leía claramente: "Estación 22". En las paredes, atestadas de posters y grafiti, la ruta del subterráneo "A". Frente a la verja de acero que dividía ambos lados de la entrada, la solitaria caseta de información. A través de la ventanilla, el calendario que descansaba en la pared: "Miércoles 15 de marzo". Todo parecía en orden. Miró su reloj y polpeó varias veces con los dedos el cristal que cubría la esfera. Las manecillas habían detenido su curso a las tres de la madrugada, lo mismo que el conteo de la fecha: "15".

Al fondo del túnel, retumbando en las vigas y rieles de acero, empezó a asomarse la luz del vagón principal. En una estridencia habitual de frenos, el tren se detuvo en la estación. Unos segundos, dubitativo, observó la máquina gris frente a él. Las puertas hidráulicas se corrieron a los lados, haciendo una entrada. Al fin decidió ponerse de pie y lo abordó.

El ambiente era espeso, envuelto en una bruma leve. Pocos rayos de luz quedaban vivos en los faroles del techo y aún menos alcanzaban al suelo. No sin miedo tomó un lugar. Con una mirada rápida advirtió la presencia de dos personas más en el vagón. El zumbido del movimiento, el roce de la ruedas sobre los rieles, ahora se fijaba en un tono constante. Sus ojos vagaron hasta la ventanilla donde la oscuridad del túnel atenuaba con una felpa morada la silueta de sus fa-

cciones. Lentamente el reflejo de su rostro se fue desvaneciendo y una imagen, que parecía la evocación de un recuerdo, cruzó a pocos centímetros de su frente. Una cascada, interrumpida por pequeños arbustos verdosos que espumaban un agua suave y cristalina. Un lugar que el hombre jamás podría tocar, escondido, distante.

Instantáneamente una nueva estampa, de belleza comparable a la primera, se desplazaba frente a su boca entreabierta. A esta siguieron otras, igual de vivas, igual de hermosas. Luego, durante unos segundos, se diluyeron junto a la oscuridad del túnel dando paso a las luces, intermitentes entre las veloces columnas de una estación. Con un nuevo túnel, las visiones retomaron su espacio. Repetidas veces, la misma secuencia se desplegaba, interrumpida de manera constante por alguna estación que pasaba. Frotó los ojos con el reverso de sus manos. Concentró su atención. En cada secuencia decidía observar un nuevo detalle de una imagen con relación a sus demás repeticiones. No pudo encontrar diferencia alguna.

Repentinamente, algo distrajo su pensar: el tren no hacía ninguna de las paradas obligatorias y aconstumbradas de la ruta. Perplejo y asustado, se dispuso a observar, esta vez, las estaciones que pasaban. El instante que permitía visibilidad era diminuto, con las repeticiones, alcanzó a reunir suficiente información. Columnas de baldosas azul y blanco, paredes saturadas de posters y grafiti, una verja de acero que dividía la entrada, frente a esta, una caseta de información. Todo coincidía, indudablemente eran la misma: "Estación 22".

Volteó con un gesto desesperado la vista hacia los dos

pasajeros. Al cruzar el pasillo, un joven pecoso, de cabellos rubios muy cortos, vestido de pantalón negro, camisa blanca de mangas largas y tirantes, se hundía sobre el libro en sus manos. Sus ojos se detuvieron fijamente en él, con la esperanza de atraer su atención. Mientras le observaba, notó que su cabeza recorría una página y al llegar a la línea final, volvía al inicio. Con un gesto de incredulidad, entrecerró los ojos, como queriendo agudizar su mirada. Analizándole aún más cuidadosamente, notó que los retornos al inicio de la página coincidían con el paso de la estación. A cada repetición de las imágenes, su cabeza volvía a la posición inicial. Parecía encerrado en un trozo de película que se repite una y otra vez indefinidamente. Su lectura era infinita, comprendió, tal como las imágenes, como la estación.

Fijó entonces la mirada en la señora del fondo del vagón. Vestida con un traje de flores estampadas y unas zapatillas, recostando su cabello rojizo y rizado de la ventanilla, lloraba. Una lágrima recorría sus mejillas, se detenía en su pómulos derecho y luego se precipitaba a su barbilla, pero no alcanzaba a su fin. El mismo gesto acompañado de la misma lágrima se repetía constantemente. Con cada paso de la estación, su cara parecía volver a retomar una escena diluida y la gota traslúcida empezaba nuevamente su eterno camino. Respiró profundamente y sacudió su cabeza.

De pie, sobre el vagón en movimiento, alcanzó la perilla de paradas de emergencia, tirando de ella. Como era de esperarse, nada sucedió. Nerviosamente, intentó escurrir sus dedos entre la hendidura que separaba cada una de las hojas de metal de la puerta. La desesperación empezó a apoderarse



de él. Su respiración se aceleró, sus ojos se abrían y miraban a todos lados rápidamente. Arremetió contra la salida de emergencia. Golpeó sin cesar las ventanillas de su encierro repetitivo con los puños, los hombros y luego los zapatos. Atrapado, infinitamente, gritaba...

Despertó sin aliento con el rezongar del reloj alarma y aún muy asustado. Con movimientos rápidos y torpes tanteó el cordel de la pequeña lámpara y tiró de él. Se incorporó prontamente. A grandes rasgos recorrió la habitación con la mirada. Su respiración disminuía su celeridad. Llegó hasta el borde de la cama y se sentó. Colocó sus pies mecánicamente sobre sus pantuflas. Apoyó sus codos en los muslos y permitió su cabeza reposar en sus manos por unos segundos. Con un esfuerzo, se puso de pie y llegó hasta la regadera. Luego reunió energías en un desayuno ligero, sobre la mesa de trabajo, acompañado del zumbido de la afeitadora eléctrica. Recogió sus papeles y los colocó en el maletín. Revisó unas notas en su agenda electrónica y salió al trabajo.

Esa mañana llegó a la estación tal como lo hacía diariamente. Su chaleco de casimir sostenido en el antebrazo derecho, en su mano izquierda el maletín. Con la prisa de siempre recorrió las escaleras hasta el área de espera. Al bajar se detuvo instantáneamente. Quedó paralizado por completo. Miró a su alrededor, luego empezó a caminar, con pasos cortos y lentos. El sonido sólido y seco de sus zapatos retumbaban en la penumbra de la estación. Llegó hasta uno de los bancos de espera y se dejó caer en él.

- ¡Está vacía, quiso casi reír al decirse esto. ¡No hay nadie!...





QUINTO PREMIO:

## El Último Recodo de la Luz

Seudónimo: H.P. Lovecraft

Autor: José Martín Paulino,  
San Francisco de Macorís.

*"¿Acaso todo hombre no es un desacierto y un error?  
¿No entra al nacer en una oscura prisión? ¡Prisión,  
barreras y cadenas por doquier! A través de las rejas de su  
individualidad mira el hombre, desesperado, el muro que  
circunda el recinto exterior, hasta que llega la muerte  
y le llama al reposo y a la libertad..."*

*Thomas Mann*

Después de cumplir con sus responsabilidades profesionales del día, el ingeniero Tommy se paseaba por la Calle del Conde, envuelto en una profunda tristeza que hacía algunas semanas estaba sintiendo.

Era un hombre devotamente consagrado a su profesión, la cual le había dado el renombre de uno de los ingenieros más importantes del país. A pesar de todos los éxitos alcanzados en su oficio, en aquellos días estaba sintiendo la insuficiencia de su vida, de su oficio y de todo lo que constituía el mediocre y precario mundillo al que la vida lo había sometido. Sin embargo, trataba de aferrarse al poco optimismo que aún le quedaba. Mientras caminaba envuelto en estas reflexiones, contemplando el adoquinamiento de la Calle El Conde, la última obra que había dirigido. Dejó caer miradas vagas y melancólicas a algunos paseantes, como queriendo decirles que él era el responsable de que la calle luciera de esa forma, pero aquella realidad no lo salvaba del destino común de todos los que en ese momento caminaban por allí aquella tarde que parecía iba a ser lluviosa.

Sin sospechar todavía que la liberación de sus pesares estaba llegando a su fin, entró a una de las cafeterías en que se expendían bebidas alcohólicas con el fin de aclarar, al calor de aquel ambiente inhabitual para él, muchos de los pensamientos que lo traían sin sosiego. Solo después que habían transcurrido algunas horas, pudo comprender por qué, en vez de sentarse solo, prefirió ocupar la mesa donde un hombre, en un notable estado de deterioro físico, fumaba y bebía una cerveza. Solo en el instante en que el hombre le dirigió una amable mirada, comprendió que se trataba del ingeniero



Mauricio, un antiguo compañero de estudios. Aunque Tommy pensó que Mauricio había enloquecido, no rehuyó su presencia. Pidió un café y armándose de ánimo, empezó a hablar, entre sorbo y sorbo, de sus éxitos profesionales.

- Tengo una bella familia compuesta por una amable esposa y tres hijos. He logrado acumular una pequeña fortuna que permitiría a mi familia vivir con cierta holgura si yo llegara a faltar... Y tú, ¿qué me cuentas de tu vida?

- Yo no he tenido tu suerte, amigo. Sabes muy bien que desde antes de comenzar la carrera de ingeniería te manifesté que quería ser escritor y que había elegido la profesión de ingeniero por complacer a mis padres. Como tú bien sabes, bregaba más con novelas, cuentos y poesías que con los tediosos cálculos a que nos obligaba esta carrera... Sinceramente, amigo, envidio tu suerte. Aunque logré graduarme, claro que con notas bochornosas, decidí no ejercer la profesión. Intenté dedicarme por entero a la literatura. Aunque muy desencantado por la decisión que yo había tomado, mi padre me pasaba una pequeña pensión todos los meses que me permitía subsistir precariamente. Con este dinero compraba papel para escribir y adquiría algunos libros. Un amigo médico, de padres muy ricos, que también sentía una gran pasión por la literatura, tuvo la bondad de brindarme alojamiento en un apartamento que sus padres le habían comprado cuando se recibió de médico. Cuando los padres de mi amigo se enteraron de que su hijo estaba viviendo con un vago e irresponsable, lo obligaron a echarme del apartamento. Para mi amigo no fue difícil hacerlo, porque ya él estaba muy desencantado de mí debido a que en más de un año de

vivir en su casa no había logrado escribir nada que lo hiciera sentirse orgulloso de su huésped. No opuse resistencia. Sin ningún sentimiento de agradecimiento o de odio, recogí algunos libros, una pequeña máquina de escribir, algunas ropas que mi amigo me había regalado y abandoné aquel lugar.

- No me diga que quiere irse, querido y viejo amigo, No me abandone usted ahora, se lo suplico. En principio, sé que usted creyó que estaba loco. Ahora ve que no lo estoy. Mi cerebro está dolorosamente lúcido. Si he asumido este aspecto de abandono, ha sido porque he decidido romper los lazos que me unen con mis compañeros humanos. Y si ahora converso con usted y le pido que escuche mi historia hasta el final, es porque en el último día de mi vida he sentido esta necesidad. He decidido suicidarme hoy, pero antes debo contarle a alguien mi historia. No sé qué espíritu benéfico o maligno lo ha puesto a usted en mi camino...

- Por qué habla usted de esa manera? Interrumpió Muricio en ese momento.

-Usted es un hombre inteligente y muy joven todavía. Puede trabajar, formar un hogar, tener hijos... Encontrarle sentido a la vida... añadió Tommy.

- Precisamente por estas últimas palabras que usted acaba de pronunciar es por lo que he decidido ponerle fin a mi inútil rutina en este mundo. No he encontrado eso que usted y otros llaman, sentido de la vida. Pero si usted tuviera un poco de paciencia para escuchar mi historia hasta el final, sabría por qué he decidido suicidarme... Como le iba diciendo, vagué durante mucho tiempo sin rumbo determinado. La

máquina de escribir y los libros los lancé a un vertedero de basura. Mi padre me suspendió la pequeña pensión. Yo dormía en cualquier parte; la policía me encarceló en varias ocasiones porque me llegó a confundir con algún delincuente. Después de meses de vagancia y miseria, mi familia me recogió y mis padres y mis hermanos me interrogaron acerca de lo que yo quería hacer en la vida, a ver de qué forma me ayudaban. Les dije que nadie era capaz de darme lo que yo quería. Yo no quería trabajar. Quería tener una casa grande llena de libros. Quería viajar por todo el mundo. No tener compromisos con nada ni nadie. Sé que este tipo de vida es imposible de alcanzar, pero era lo que quería. Un hermano logró convencerme de que me quedara trabajando en un negocio que poseía. Acepté porque me prometió alojamiento y comida; el cuarto que me iba a ser asignado me permitiría dedicarme a mis lecturas y reflexiones. Todo lo que ganaba lo invertía en libros y por las noches me recreaba en el desventurado ateísmo de Nietzsche; en el epigramático y fascinante estilo de Voltaire; en el ateísmo científico de Bertrand Russell; en el devoto ateísmo de Unamuno y Papini; en el excepticismo científico de Ernesto Renán; en las dudas apacibles de Spinoza. En ese mismo tiempo aproveché para empezar a escribir mi "TRATADO GENERAL DE LA VILEZA HUMANA". Las noches eran cortas para las diversas lecturas, las reflexiones y las anotaciones. Abusaba del café porque me producía una sensación muy profunda de bienestar físico y de luminosidad en la concepción de mis ideas...No trate de interrumpir mi relato, si no quiere provocar que modifique la hora y la forma en que he concebido mi suicidio.

Concluidas aquellas palabras, extrajo un revólver que portaba en un deteriorado maletín. Ninguna de las personas que estaban en la cafetería habían notado este hecho. Nadie tampoco pudo darse cuenta del angustioso aspecto que tomó la cara del joven ingeniero, al pensar que estaba a punto de perecer a manos de aquel loco.

- En este momento puedo dispararle a usted y luego hacerme un disparo en la sien -dijo Mauricio-. Procediendo de esta manera, no cumpliría con la forma en que he planificado mi suicidio hace exactamente un año. Hoy es dos de noviembre, día de todos los difuntos. El dos de noviembre del pasado año empecé a escribir mi "TRATADO GENERAL DE LA VILEZA HUMANA" y me propuse como meta un año para finalizarlo. Me dije que si no lo finalizaba exactamente el dos de noviembre del próximo año, de todas maneras me suicidaría ese día. Aunque mi historia quedará inconclusa, he tenido la suerte de terminar mi libro hace apenas algunas horas. Sonará el disparo cuando mi reloj marque las once y cincuenta y nueve minutos y cincuenta y nueve segundos. Hoy es ese día. Faltan apenas algunas horas para mi muerte, a menos que usted no quiera que lo haga en este momento, lo cuál haría si no me deja relatar mi historia hasta el final.

Mauricio guardó su revólver. Tommy respiró aliviado, aunque se preguntaba de qué forma saldría de aquella situación. Mientras, Mauricio continuaba su relato.

-Bueno... pues bien, me había convertido en el tipo de hombre que la sociedad llama útil. En el negocio de mi hermano vendía, cobraba, contabilizaba. El negocio prosperaba. A los cinco meses mi hermano me aumentó el sueldo... En



mis años de estudiante tuve una novia que me abandonó cuando finalicé mis estudios porque "Tu no quieres trabajar; tu solo quieres andar para arriba y para abajo con esos libritos estúpidos". Ella empezó a buscarme de nuevo cuando supo que me había convertido en un hombre de trabajo. Aunque yo estaba enterado de que ella había tenido otros amores muy ardientes, no me importó recibirla de nuevo y darle a entender que su pasado no contaba y que la quería más que antes. Si las cosas seguían marchando bien en el negocio de mi hermano, nos casaríamos en pocos meses.

Si están en lo cierto los que asocian este sentimiento al sacrificio por otro, entonces yo no la amaba. No estaba dispuesto a sacrificarme por ella ni por nadie. O quizás el amor es otra cosa. Tal vez era la que yo sentía: no deseo de casarme con ella y tener hijos; tampoco hablar mucho con ella, compartir, porque nunca le escuché hablar de un gran músico ni de un hombre de letras, que son las cosas que más me importaban en la vida. Lo que deseaba de ella, a veces con urgencias desesperantes, era la sensación de su boca contra la mía, de palpar la tersura de su vientre, la firmeza de sus nalgas, sus dos jugosos racimos que mortificaban agradablemente mi visión. No cree usted que sea este el amor. ¿Tiene usted este tipo de sensación con su recatada y adorada esposa?... No me diga nada, por favor, no me conteste. No busco respuestas a mis preguntas. Pregunto por la necesidad de jugar con las palabras, pero sé que nada tiene respuesta en esta vida. Dígame, ¿entiende usted el amor de la misma manera? ¿Le gusta fornicar con su esposa o tiene alguna jovencita de líneas delicadas con la que se consuela del fastidio del tra-

bajo y de la desagradable, supongo, presencia de su mujer? Bueno, no me haga caso...

Así pues, el negocio fue marchando bien, pero fui poco a poco cansándome de esta situación: facturas, despachos, conduces, gentes torpes y desgraciadas comprando comidas y alcohol. Con lo que tenía ahorrado compré varios tomos de la Historia General de la Humanidad, varios tomos de la Historia de las Religiones y entre ellos destaco una formidable Historia Criminal del Cristianismo que si no fuera a ponerle fin a mi vida, utilizaría este documento en defensa de todos los pensadores honestos que han visto en todas las religiones formas de cobardía espiritual, de engaño y auto-engaño que a veces desembocan en crímenes más violentos que los que han generado las diversas formas de manifestaciones políticas que ha conocido esta absurda humanidad.

Imagine lo que quiera de mí. Diga que soy un corrompido, un corruptor, un enemigo de la "convivencia pacífica y civilizada". Sí, dígalo usted. Usted que abulta los presupuestos de construcciones para cada día hacerse más rico, que va a la iglesia todos los domingos con su esposa y sus hijos. Usted es del tipo social moderno que tiene éxitos económicos, de aquellos que ante la presencia de un ladrón o un criminal dicen "¡Basura! ¡Hay que eliminarlos!" Entiendo que tengo que cambiar el tono de esta conversación y así lo haré... Siguiendo en lo que íbamos, ilustrísimo y exitosísimo amigo, me encerré en el cuarto que me había cedido mi hermano a leer todos los libros que le he mencionado. Así que dejé de asistir al trabajo. Mi hermano me reprochó el hecho de no querer vivir "decentemente", de ser un perdido incapaz de

darme satisfacción a mí y a los míos. No me alteré por sus palabras. Le dije que me diera un par de meses para concluir el libro que estaba escribiendo y luego buscaría un lugar donde instalarme. O que tal vez una vez terminada mi historia, no necesitaría trasladarme a ningún lugar. Ni él me preguntó ni yo le dije qué pensaba hacer con mi vida una vez terminara de escribir mi historia que ya te dije se llama TRATADO GENERAL DE LA VILEZA HUMANA. Mi hermano me dijo que si en dos meses no me iba, me echaría a la calle y que no querría volverme a ver por todo el resto de su vida. Antes de que hubiera transcurrido el plazo que me dio mi hermano, ya había redactado todos los capítulos de mi historia excepto el último que terminé de escribir en el lugar en donde ahora resido. Este último capítulo se titula: DE LA VILEZA DEL AMOR. Después que había desacreditado a la sociedad en todos sus estamentos, empecé también a desacreditar el amor. Este es el capítulo que hace unas horas concluí, después que mi novia me abandonó de nuevo. Desde muy pequeño me atrapó una absurda visión de todas las cosas y la conciencia de que la vida no nos ofrece nada bueno porque los engañosos momentos que parecen buenos, tienen un alto precio de desilusión.

Con el paso de los años, con las observaciones, las lecturas, se incrementó en mí esta oscura visión de la vida. En mi libro tendrá usted la posibilidad de ver con más claridad todo esto que ahora le cuento. Aunque usted ahora no lo crea, ha sido elegido por el destino, por esa fuerza ciega que se desconoce a sí misma, para ser el único que lo lea. Tengo en mi maletín mi libro, pero no se lo entrego hasta que le

haga una revisión, que en este momento, mientras observo todo su disgusto, se me ha ocurrido. La tarde cae aprisa, con las ráfagas de los momentos alegres. La noche ya se acerca y yo amo sobre todas las cosas esta negritud que me da una sensación de soledad y aislamiento, Perdóneme, mi querido amigo, estos brotes poéticos, pero es que empiezo a sentir nostalgia por las cosas que amo y que mañana no verán mis ojos. Por momentos me pasa por mi cabeza la idea de seguir viviendo, de organizar mi vida, de tener hogar e hijos, de ir al trabajo, al supermercado, a la iglesia, a las reuniones, pero no puedo y creo que no debo cambiar esta decisión que tomé hace un año.

Después de todo lo que he visto en este mundo, para mí sería ya imposible seguir viviendo en este mar de hipocresías, en este abismo de ingratitudes. Además, para su propia desgracia y la mía, , nadie puede modificar la forma de su muerte y la mía... por qué... ¡Fíjese, fíjese!, ahora cae una tenue llovizna... Amo mucho la lluvia. Lluvia y noche. Amoroso concierto de este instante. Gotas plateadas que intentan aclarar lo negro. Así es la vida. Algunas gotas blancas de bondad intentan aclarar la gran mancha de los crímenes humanos. Oh amigo, le aseguro que quisiera poder cambiar su destino y el mío. Ahora que faltan algunas horas para mi muerte, siento que... márchese amigo; excúseme que le haya quitado tanto tiempo de su valioso tiempo. Su esposa y sus hijos deben estar desesperados por su ausencia. Tal vez su cena se ha enfriado y su familia desespera alrededor de la mesa o quizás su esposa esté contenta con su ausencia, porque puede llamar con más libertad al joven del que está enamorada y planificar,



ahora que usted está ausente, un hermoso acto de infidelidad. No me haga caso, viejo amigo, imárchese, por favor! Mi cadáver y mi libro lo esperan en esta dirección... No tiene que anotarla. No la va a olvidar... en este momento usted está comprendiendo, aterrado de dolor, que no la va a olvidar: Calle Lujosa, Tugurio 0. Urbanización Capitalina. Ahora márchese.

Tommy salió de la cafetería. Cuando había caminado algunos pasos, volvió la mirada, pero no encontró la mirada de su amigo. La mesa estaba completamente vacía. La taza en la que había tomado su café no estaba en la mesa, tampoco estaba la botella vacía de cerveza que había tomado su interlocutor. A pesar de todo, no pensó en ningún momento que lo vivido anteriormente había sido un sueño. Caminó apresurado. En su cabeza se mezclaban a ratos el odio, a ratos la admiración por aquel hombre que le había aclarado muchas cosas que lo traían muy confundido. Era tanta su confusión, que no sintió su cuerpo humedecido por una llovizna que mansamente se desgranaba sobre la ciudad. Apresuró la marcha. Su mirada se detuvo, por algunos segundos, en una pareja de novios que se besaban y se protegían de la lluvia, en una esquina de una de las tiendas de la Calle del Conde. Pensó: "Bagatelas. Tonterías..." También se detuvo su mirada sobre dos o tres gacetilleros nacionalistas que hablaban del peligro de la penetración de "ese pueblo inferior en el nuestro". "Bagatelas, bagatelas..." Por último, miró a dos poetas hablar con orgullo de sus importantes creaciones, mientras disfrutaban de sus tazas de café compradas con el dinero de la mendicidad cotidiana. "Tonterías, tonterías..." Abordó su

carro estacionado en la 19 de marzo y arrancó a una inusitada velocidad. Nada interrumpió la velocidad original. Todos los semáforos estaban en verde. Sintió miedo por esta extraña coincidencia. Llegó a su residencia ubicada en Arroyo Hondo. Entró y se dejó caer en un sofá. No hizo caso de su mujer que le pedía una explicación por su desacostumbrada tardanza. Sintió pena por ella y su estúpida inquietud. Sintió pena por su hija menor que, sentada en sus piernas, le preguntaba ingenuamente dónde había estado. Su mujer intentó hablarle de algunos asuntos concernientes a su trabajo, pero él la interrumpió:

- Estoy cansado. No quiero hablar de trabajos ni de nada. Perdóname cariño. Hoy me ha sucedido algo extraordinario y necesito pensar toda la noche sobre ello. Mañana te lo explico todo. Después que haya pensado en lo que debo pensar, iré a acostarme...

Su esposa se retiró a su habitación y él se quedó recostado en el sofá. Miraba con desdén los lujos de la casa. Todo le parecía tan dolorosamente vacío. Miró su reloj, eran las 11:30 de la noche y él permanecía despierto. Se levantó, su esposa dormía plácidamente, sus niños también dormían. Miró de nuevo el reloj, eran casi las 12:00 de la noche. Imaginó el cadáver ensangrentado de su amigo. Se recostó de nuevo en el sofá. Después de pensar por horas que podía esperar hasta el día siguiente para comprobar si su amigo se había suicidado, decidió hacer algo, se montó en su carro y salió en la dirección en que se produciría el sangriento incidente. Mientras su carro avanzaba, pensaba en las últimas palabras que escuchó de su tal vez díscolo amigo: "No tienes

que anotar mi dirección. No la vas a olvidar. Ahora mismo usted está comprendiendo con dolor que no la va a olvidar...” Por momentos deseaba que esa dirección no existiera, que lo sucedido la tarde anterior fuera un sueño. Después de más de una hora de marcha, comprobó que todo era cierto y que la tan temida dirección existía. Acababa de llegar a la Calle Lujosa de la Urbanización Capitalina. Estacionó su carro frente a cuatro o cinco cuartuchos destartalados. Cuando llegó al último, encontró en la puerta de entrada un letrero que decía “Tugurio 0”. En la misma puerta había un letrero que tenía algunas de las palabras que Dante puso en la puerta de su Infierno: “Quien entre aquí, abandone toda esperanza”. Tommy quiso retroceder y huir, pero sintió igual miedo a retroceder que a avanzar. Armándose de un poco de valor, intentó tocar la puerta, pero antes de hacerlo Mauricio la abrió. “Entre mi amigo, entre a mi dulce refugio”, le dijo. Tommy entró y tomó asiento en una desvencijada silla. Su miedo se desvaneció por completo. Iba a preguntarle a su amigo por qué no se había suicidado a la hora prevista, pero Mauricio no dejó que preguntara nada.

- Sé que se preguntará por qué no he llevado a cabo mi plan. No lo hice porque después de sostener aquella amable conversación con usted, decidí agregarle un capítulo más a mi historia. Quiero matarme ciñéndome a esta modificación. Si usted es tan amable, empiece a leer mi libro.

Mauricio le pasó el libro y Tommy empezó a leerlo con desgana y con un miedo que inexplicablemente le aguijoneaba. Por algunos momentos se detuvo en la dedicatoria: “Dedico este libro a todos los vivos en el día de todos los

mueritos". Luego empezó la lectura del primer capítulo y a medida que avanzaba, iba sintiendo muy suyas las verdades que allí se narraban. Su miedo se desvaneció de nuevo. Empezó a sentir una gran admiración por la inteligencia de aquel hombre. Comprendió, con indecible satisfacción, que su extravagante amigo lo estaba acercando hacia su total liberación, hacia la plena disolución y al encuentro con la NADA, única fuente creadora de las cosas.

Aunque el libro era muy voluminoso, él no sintió ningún asombro al comprobar que en pocos minutos lo había recorrido en su totalidad. No le asombró comprobar que el último capítulo del libro se refería a las muchas cosas que le sucedieron ayer y que Mauricio no pudo ver: "Yo lo vi; él me vio. El me contó sus éxitos y yo le conté mis fracasos. Da igual. Da igual. Siempre, da igual. El caminó. No sintió ni amó tanto como yo la lluvia mansa que caía. Aunque el no ama como yo la lluvia, da igual. Siempre da igual. Mientras caminaba vio a los novios besarse, comprendió que el amor era triste. Cuando escuchó a algunos hombres hablar con aprecio de su nación, comprendió que era triste pensar que algo puede pertenecernos y menos una nación. Pero da igual creer lo contrario. Cuando vio a los poetas hablar con orgullo de sus creaciones, comprendió que a veces el más fino arte se viste de vanidosos andrajos. Llegaste a tu casa y comprendiste allí que amabas más de lo que pensabas a tu mujer y a tus hijos; pero también supiste que era triste saber que llegar tarde los hacía sufrir... Llegaste hasta aquí y ahora estás seguro de que tu libertad está cerca. Ahora piensas en tu hija sentada en tus rodillas, pero no sientes dolor por su orfandad. No sientes



dolor por nada. Sabes que todo da igual. Ahora vas a levantar la cabeza, pero antes vas a escribir la palabra fin.

Los ojos de Tommy apenas se movieron para alcanzar el lápiz. Lo tomó y escribió la palabra fin. Entonces levantó la cabeza y el cañón del revólver de Mauricio lo esperaba. En el tiempo que comprende apenas un segundo, sonaron dos disparos. La muerte no fue instantánea para ninguno de ellos. Se abrazaron sangrantes. La sal de las lágrimas y el rojo de la sangre se mezclaban y caían sobre el piso. La muerte les llegó al mismo tiempo, en el momento en que el libro cayó sobre el piso y se abrió en una página que tenía una nota subrayada que decía: "Según queda demostrado por lo que a diario sucede, el optimismo es la más grande de las vilezas; solo el pesimismo es esencialmente vital." Entonces, un hilillo de viento cerró el libro suavemente.



# II.

## MENCIONES

PRIMERA MENCIÓN

---

# El recuerdo de Asdrúbal

**Seudónimo:** Virgo

**Autor:** Emilio Martínez  
Santiago

“Quisiera tener dos vidas para vivirlas contigo”

Por qué tendré que recordar esas palabras exactamente ahora tengo que ir a trabajar y con el tiempo encima. Creo que no llegaré a tiempo. Dónde estará... nunca encuentro jabón a la hora de bañarme. ¡Estos ratones! Oh no, Asdrúbal tu escoges unos momentos sabiendo tú que tal parece que cuando abrí mis ojos por primera vez estaba cayendo un dilu-



vio... A él no le gustaba verme llorar, era muy alegre y esa sonrisa, ¡ay! que sonrisa parecía salida de un afiche cinematográfico. Cuando le veía cavilar con el rostro un tanto serio, me le acercaba y le animaba: "Vamos y ¡qué pasó con esa sonrisa Colgate!" y enseguida él se sonreía con esa sonrisa ingenua y blanca como sus dientes y me hacía sentir como la reina del mundo, como lo que él decía que yo era: su reina.

Lo conocí un Viernes Santo de regreso de la Playa de Boca Chica. Veníamos en el mismo autobús y coincidimos en el mismo asiento. El venía tocando guira, acompañando un coro de voces que cantaba "Por ahí María se va..." Desde que lo vi me gustó: fornido, pero modesto como príncipe que no hace alarde de su poder, porque sabe que de hecho le pertenece. Pelo rizo, ojos de niño... un salvaje moderado, piel canela, bronceado natural, olía a mar... Desde ese momento sentía deseos de estar prisionera entr su pecho.

El continuaba tocando su guira, los demás cantaban en forma de coplas todas las ideas morbosas que asomaban a sus cabezas y que al mismo tiempo todos celebrábamos, de repente él se volteó hacia mí y me dijo: "¿Y usted no canta...?" Me quedé pasmada mientras lo miraba, era un Adán, me repuse mientras él esperaba una respuesta. "No tengo vocación al canto", miré de reojo la guira y añadí: "...pero me gustaría aprender a tocar ciertos instrumentos". No sé de dónde me salió toda esa soltura, era como si no hubiera sido yo la que hablara. El observó a todos los lados, ya los demás habían dejado de cantar y el conductor había encendido el radio del autobús. Volteó su cabeza de nuevo hacia mí: "Mi nombre es Asdrúbal. ¿Y el suyo?" "Margarita" dije yo. "Pues

Margarita, dime dónde es que tengo que ir a darte las primeras lecciones de guira”.

No lo podía creer, apenas a las 8:00 de la mañana y ahí estaba él tocando su guira en frente de mi casa. Mi tía se habría escandalizado, pero a Dios Gracias, ya se había marchado a su trabajo. Si lo hubiera visto, me habría reprendido con sus palabras de siempre: “Es que te has puesto loca o acaso crees que esto es un manicomio”. Razones no le faltaban; entre mis últimas loqueras estuvo el haber introducido a la casa una comparsa de diablos cojuelos. Rápidamente me decidí y le abrí la puerta: “Oh, pero aún estás en bata y sin peinar”, me dijo con su cara llena de picardía. Me contuve y le dije: “¿Es que querías que te dejara ahí haciendo escándalo mientras los vecinos llaman a la policía?” Le hablaba con un mal humor teatral que tomaba más fuerza al verle su cara sonriente e inmutable como quien adivina que mi comportamiento no era más que una treta para justificar el que él me hubiese visto en tales condiciones; pero continué diciendo “Además, si me hubieras dicho que vendrías a acompañar con tu guira el cantar de los gallos...” El cortó su sonrisa y yo me detuve sin atreverme a decir más. Vi su cara avergonzada. Creo que había tomado en serio mis palabras. Me arrepentí y creo que si él no rompe el silencio ahí mismo me hubiera puesto a llorar. “Yo vengo a enseñarte de gratis y tu quieres sujetarme a tu horario.” Yo, adivinando su simulacro de seriedad, no pude más y estallé en risas, pronto nos confundimos en una cadena de carcajadas y volví a sentirme feliz.

Esa vez pasó toda la mañana en la casa y aunque hoy ha pasado mucho tiempo, aún creo escuchar el rasguear de su guira por toda la cuadra.

Pronto se hizo un visitante asiduo de la casa y hasta mi tía, que en principio no lo soportaba, cuando no lo veía. me preguntaba: “¿Y ahora, que le hiciste a Asdrúbal?” Era raro el día que no esperaba a la salida de la academia, donde hacía un secretariado. Todas mis compañeras me lo daban como novio. Para qué desmentirlas. Nunca hubo una declaración formal. Hablábamos. Yo le contaba todo de mí, él nunca decía nada de él. Parecía que su historia comenzara al encontrarse conmigo.

Por las noches, nos veíamos en el Parque Colón de la Zona Colonial, no porque este lugar tuviera algo especial, sino porque mi casa estaba a dos cuadras de allí y ahí nos sentíamos en más libertad. El nunca me dijo dónde vivía. Cuando yo le preguntaba se mostraba sorprendido como si él no perteneciera a ningún lugar o como si yo lo supiera. “Para qué insistes tanto en saber dónde vivo, si me ves todos los días”. Cuando yo insistía demasiado, él para salir del paso, me decía: “Está bien, está bien. Mañana te llevaré”. Pero solo hacía eso para calmar mi curiosidad. Nunca me llevó, nunca supe.

Una noche, mientras estábamos sentados en el parque, comenzó a llover. El no se movió de donde estaba y yo al ver su actitud, me quedé igual. El lugar quedó desierto, todos huyeron de la lluvia. Los faroles reflejaban la luz en los charcos que inmediatamente se formaron. Los asientos metálicos, parecían recién barnizados. Al fondo podía divisarse la Catedral, imponente y en el centro, la estatua impávida del Almirante señalando con su dedo inquisidor, parecía estar en el mismo acto del Descubrimiento. De repente, Asdrúbal

llevó su mano a mi mentón, volteé la cara hacia él y en sus ojos vi dos galaxias ignoradas, nuestras miradas se confundieron en una sola y nuestros labios también. La lluvia me cubría toda, pero yo sentía que me quemaba en un fuego embrujador que me envolvía por completo y descubría lujurias ancestrales, desnudándome partes de mí que ignoraba poseer.

Fue a partir de este momento cuando todos mis dominios quedaron cedidos. Mi inocencia y virginidad volaron despavoridas como aves que escapan de un bosque en llamas, volando tan alto como las humaredas cuando alcanzan las nubes y luego caen como la lluvia que esas mismas nubes lograron parir.

Se aparecía diario en mi casa después que mi tía se iba. Yo lo esperaba ansiosa, desnuda, en el piso, la cama, la cocina, cualquier lugar era el paraíso... Lo abrazaba y lo desnudaba con desesperación. Sus manos temblorosas me apretaban contra su cuerpo con pasión salvaje, me tiraba sobre la alfombra, comenzaba a besarme, a lamerme todo el cuerpo. Sentía su boca caliente hurgar en el abismo de mis lujurias. Me esteremecía, mientras el sudor nos cubría como agua caliente. Sentía que mi madre me paría de nuevo, mientras su carne erecta poblaba de sueños mis entrañas con pasión iracunda, como si la vida terminase en cada acto.

Todos los fines de semana nos íbamos a la playa y juntos esperábamos la puesta del sol, acostados en la arena hasta quedar cubiertos por el manto cómplice de la noche. El me recubría y yo volvía a sentir el olor del mar concentrado en toda su piel. Me sentía arponeada por la fiereza y tenacidad



deduje que no pasaba de 25 años, algo más que Asdrúbal. Su nombre era Johnny. Tenía los ojos inquietos, como aventurero que se cuida de un peligro constante. Su conversación solo giraba en torno a las bonanzas que ofrece el imperio del norte. Decía que aquel que en su vida no lograba ir a Nueva York, moría ciego, porque allá era que estaba Dios. Solo esa vez lo vi. Mientras tanto la vida seguía igual con limitaciones, pero felices. Yo no pedía grandes cosas y puedo afirmar que casi me conformaba con tener a mi Asdrúbal, a mi Adán.

Una noche, mientras estábamos acostados y no podíamos dormir por los mosquitos y el intenso calor a consecuencia de la falta de energía eléctrica, él rompió el silencio preguntándome: "No te gustaría tener tu propia casa con un gran jardín donde todo esté limpio y bonito, un lugar decente y donde no tengamos que pasar tantas necesidades". Yo no le contesté, no supe qué decir. El inquirió de nuevo: "Es que no me vas a decir". "Bueno", dije yo. "Y a quién no le gustaría". Todo quedó ahí. Luego nos dormimos.

Días después me dijo que iba a hacer un viaje al interior. No me dijo a qué lugar iría, ni a quién visitaría. Solo me dijo que no me preocupara. Me dio un beso y al salir se volteó para dejarme su sonrisa. Nunca pensé que sería la última. En los días siguientes, una ansiedad aterradora me cubría todos los sentidos. Asdrúbal no regresaba y yo no sabía dónde ir ni a quien preguntar. Me consumía la impaciencia y ya no podía contener mis lágrimas. Pasó una semana y aun sin noticia; pero la suerte estaba echada. Una vecina me comentó sobre el naufragio de una pequeña embarcación que se dirigía a la isla de Puerto Rico. Comencé a hilar los comentarios de

de un ser que me descubría en cada rincón de carne oculta, como pirata que no entendía de otras leyes más que las propias.

Los meses pasaron y nada cambió. La misma sonrisa, la misma alegría, la misma entrega con pasión canina. Solo que mi vientre experimentó un crecimiento desmesurado. Mi tía al darse cuenta de la situación, me echó de la casa. Nos fuimos a una pequeña habitación ubicada en el lugar llamado Ensanche Las Cucarachas. Allí nos acomodamos como Dios nos ayudó. Más luego comencé a trabajar en una tienda de tejidos de la Avenida Duarte, mientras él hacía algo de estibador en el muelle. Mi vientre crecía apresuradamente y en el trabajo me cancelaron argumentando que ya no rendía.

Asdrúbal seguía en el muelle y aunque su cuerpo vivía hecho trizas, su rostro no daba señales de flaquezas y, por el contrario, mentenía su sonrisa que me llenaba de seguridad y de paz, de esa inmensa paz que solo él sabía darme. Desde que llegaba pegaba su oído a mi vientre mientras yo acariciaba su cabeza. "Me dio una patada en la cara. Desde que salga de ahí, le enseño a tocar la guira". Grande era su alegría, pero más grande era su tristeza cuando le vi llorar en la sala de un hospital enjugando sus lágrimas con mis cabellos. Solo recuerdo que resbalé mientras bajaba los escalones de la casa cuando me dirigía a una visita periódica con el médico. Creo que lo vi llorar por primera y última vez. Al pasar los días lo vi recobrar su sonrisa y su picardía: "¿Cuándo es que vamos a hacer el otro?"

Un día se apareció en la casa con un amigo que yo no conocía y del cual nunca me había hablado. Por su aspecto,

Johnny y se me nubló la mente. Pensé en Asdrúbal y me estremecí de tal forma que casi me volví loca.

Sin pensarlo dos veces, me dirigí a Nagua. En el trayecto, todos los pasajeros del autobús en que iba hacían el mismo comentario: el naufragio de Nagua. Al fin llegamos, nadie podía informarme de nada, pero yo seguía preguntando. Alguien me señaló que la Marina de Guerra había rescatado cinco cadáveres y que los demás habían sido devorados por los tiburones. Me dirigí hasta la playa, al lugar de donde supuestamente había zarpado la embarcación naufragada. Ya en el lugar, agotada como estaba, me senté sobre una piedra mientras me cubría el rostro con las manos. Traté de no pensar en lo peor. El solo hacerlo me horrorizaba. Albergaba la esperanza de que Asdrúbal no estuviera en nada de esto. Me consolé pensando de que al llegar de nuevo a la Capital, él estaría esperándome y esto no iba a pasar de un gran susto. Quizás esté visitando un familiar, pensé. Sí, sí, él tiene un tío en Constanza y como allá hace mucho frío, de seguro se resfrió y debe de estar en cama. Traté de calmarme dándome esperanzas remotas, pues de Constanza solo me dijo una vez: "Yo no sé cómo mi tío vive allá. Hay que tener sangre de esquimal. Yo solo iría a visitarle si tuviera que cumplir alguna penitencia."

Tenía que seguir con la búsqueda, aunque de ella mi corazón saliera hecho jirones. En ese lugar solo se respiraba desgracia, desolación y tristeza. El mar parecía más grande y las personas más pequeñas. Había en el lugar un grupo de curiosos que miraban al mar adentro señalando con sus dedos puntos infinitos donde supuestamente había sucedido la des-

gracia. Me invadió el dolor y estallé en llanto, pero nadie me miró; tal parecía que esa era una situación cotidiana y ya no importaba quien llorara o dejara de llorar. No obstante, se me acercó un jovencito con la cara muy triste y la piel ceniza. Por vestimenta solo llevaba un pantalón sucio y raído que algún día fue azul. "Mi eimano también se ajogó; pero eso sí, a ei no se lo comién lo tiburone". Yo lo escuchaba en silencio, como si aquel muchcho me fuera a decir algo; ese algo que habría de rehacer mi vida o atrofiarmela para siempre. "Mamá le dijo que no se fuera, pero ei siguió y siguió hasta el amigo que trajo". Solo atiné a decir: "¿Qué amigo?" Sentí que mi corazón iba a reventar: "El amigo que trajo; pero a ese sí se lo comién lo tiburone. Johnny lo trajo de la capitai..." Salí corriendo, no me atreví a seguir escuchando y si bien en el correr de los días nadie dijo nada, yo tampoco volví a preguntar, porque aún lo espero...

Ya se me quitaron las ganas de ir al trabajo. Que el casino se busque otra cajera por la noche de hoy. Ahora me maquillaré ligeramente como a él le gustaba, me pondré el vestido azul que él me compró y con el cual le fascinaba verme. Iré al malecón a caminar, me sentaré frente al mar y desde allí sentiré el olor de las aguas saladas. El de su piel. Moriré un poco en mi desventura y reviviré luego en la esperanza de sus palabras: "¡Quisiera tener dos vidas para vivirlas contigo...!"



SEGUNDA MENCIÓN

## Pasión de la Noche

**Seudónimo:** "La Carta Robada"

**Autor:** Roberto Ortiz,  
Santo Domingo.

Sin ninguna premura tomaste el cigarrillo y lo encendiste. Las cenizas incesantes que caían al compás del latido insondable de tu corazón debieron perforarte la piel lisa e impecable que tersamente dibujaba un ángulo de luz en el piso. Pero no. Tu habilidad endiosada en el arte de fumar era muy superior a lo normal. Era un acto inusitado, lúcido y

sinistro que te volvía lángido y delirante a lo largo de la habitación, obligándote a recordar, inevitablemente, aquel amor que ahora yacía henchido de tristeza. De rencor. Un rencor infranqueable, como la torpeza más insólita que urdiste en el martirologio ardoroso de los ángeles o demonios de Lorca, para ser cobardemente abolido por el silencio. La noche que inventa la implacable edad de la muerte, donde se reintegra el rojo frescor del arcoiris que se va deshaciendo en rechazables colores de espumas.

Tú te mirarás. Con una mirada vaga y tenebrosa que con *un paisaje de luz al fondo, inmovilizaba en tu memoria el recuerdo*, el alba, el crepúsculo, la insoslayable soledad de Laura. Laura no. Laura es una escisión solemne entre la noche y el día. Un acto litúrgico que te aparta con tu gesto de impaciencia y empaldecimiento hacia otro estadio donde la vida es angelical y súbitamente divina.

Te moverás un poco, tratando de calmar la exasperación que te corroe los labios. Escucharás el alarido suave de algún búho perdido en un laberinto aturdido de fantasmas y melodía, para permutar esa olvidada, ineludible y arrebatadora canción que invoca la nostalgia y revitaliza el aroma de la tarde en los linderos y recovecos del desamor.

Nada te atrae, Arturo. Lo sé. Quizás si miras hacia el lado sientas con excesiva fijeza el repique violento de esa luz austera y maldita que se mueve sobre tu rostro. Te bajarás. Leerás las letras de una película como delante de una multitud que te estrangula, que te excluye, hasta que te creas invulnerable en la ignominiosa felonía del amor, abstracto, abstraído en un cuadro de Dalí, con la cabeza hacia abajo, los pies

hacia arriba y las manos diciéndole adiós a las nalgas. Sí. Así podrás conseguir una postura que te permita despejar la desfachatez del rostro y parecerte un angelito con una cintita blanca bordeada en la frente y avanzando hacia el cielo, hasta que te diga "Coño, será que me estoy volviendo maricón". Y una voz ignota dirá "No, no es eso, Arturo, es que la desgracia se ha posado sobre ti con sigilosa ternura".

Podrás advertir la mansa frescura de lo sacro, de las fieras, de la luna cantora que en vigilia, aguarda el miedo que brama. Corrige, autoriza el que una mujer febril y exquisita diga que "la lluvia es una cosa/ que sin dudas acontece en el pasado." O que sucede en el presente o en ninguna parte, no importa. Nadie consigue dominar sus instintos cuando el sueño es un destello de luz insalvable en la memoria. Quizás el cine; sí, el cine es tu única y posible salvación. Leeraás la oferta.

La sombra del Amor. Una película  
donde los enamorados vuelven a unirse  
aún después de la muerte. Véala hoy  
en su cine favorito: Cine Inés...

Entrarás, te sentarás en primera fila, le tocarás el pelo a una mujer con un rígido temblor. Es Laura. Se besa con otro, como invadiendo el recinto ígneo de la infidelidad. No logras concentrarte. Has decidido aferrarte a la trama de la película como obviando tus obligaciones, como descorriendo el velo de luz que cubre el horizonte, como dejándote penetrar por las piruetas insensibles de un ángel que te vigila, que despeja esa nubecita de papel que se esconde en tus ojos.

Piensas que es Sam y Molly provocando esta ruptura de

espacio y tiempo sin que un pensamiento absurdo te haga girar la cabeza bruscamente hacia atrás para lograr detener este llanto innegable que todo lo inunda.

A lo mejor te parecerá una película inexplicable. Más cerca de lo mítico que de lo real, aunque real en el fondo. Todo acto irreal es real desde el momento en que acontece. La sombra. La luz incandescente. El miedo que no cesa de rozarte la fogosa e irrenunciable aventura con que recorre la implorante magia del río. El río de Heráclito aterido en su más recóndito secreto y Sam de este lado del río y Molly del otro. Tu a la derecha de Laura y Laura inquieta, entretejiendo la frondosa alevosía de la noche para intentar perforar la atención tuya; pero es inútil. El arte es una pasión que no tiene límites en tu memoria, nadie puede romper el hechizo restallante y acuciante del placer. Un acto bestial que implica saberse solo en ninguna parte. Atroz. Atrozmente veloz en la lentitud absurda de la muerte. Atado. Poseído por los fulgores transgresores del amor hasta que el miedo sea inundo en la frivolidad contagiosa del cine. Y tu absolutamente obnubilado, mirando como esos dos cuerpos seguían sumergidos en los más profundos placeres del amor, con la indiferencia del que nunca quiere separarse del éxtasis, como aquel que con una exigida oscuridad se desliza sobre ese cuerpo compulsivo y delicado.

Se besaban, se abrazaban.. Se abrazaban como desdibujando los pasos insomnes y desgarrantes de Cupido en la lívida pantalla. Protegido por ese hálito de lo inconfesable hasta que tu pienses que un resplandor te pone en contacto con lo intangible, con ese terreno fangoso de lo incorpóreo, de lo



inmaterial, de tus manos, extendiéndose sobre la suavidad indescriptible del pelo de Laura. Te estremeces. Algo te invade. Sientes la lucesita amarillenta deslizándose por tu interior. Por tu preclara irrisión de pez. Piensa en Laura. Tal vez nunca estuvo a tu lado. Tal vez era Molly diciéndote en la pantalla que el arte era un acto salvaje e irrepetible como el amor y que tu te habías inventado a Laura para que las cenizas del cigarrillo no te perforaran la piel y que ahora eras el otro.

TERCERA MENCIÓN

---

## 24 de diciembre

**Seudónimo:** Chu

**Autor:** Bienvenido Pantaleón,  
San Francisco de Macorís.

El llanto de Chila era tan desconsolado que creaba angustia en los presentes de aquel velorio y no podía nadie hacerse ajeno a aquel sufrimiento ya que sus quejidos llegaban a lo más profundo de todos.

La excepción lo era la vieja Yapa que sí sabía por qué Chila sufría más que todos los dolientes ante la repentina muerte de su madre. Así lo expresó, incrédula:

- Eso es remordimiento que ella tiene porque la mai fue una santa en vida y ahora Diosito debe tenerla en el cielo. Esa mujei fue una sacrificá de toa esa betia que tenía de jijo, pero la peoi e jesa que uté ve ahí dique sufriendo. Ese cuento no me lo trago yo.

La noche en que comenzó esta historia data 27 años atrás en una celebración de navidad. Era costumbre de Doña Callefa reunir a todos sus hijos en la cena de Nochebuena, pero aquella de 1970 era, sin saberlo ella, la última que celebraría con el mismo entusiasmo de toda la vida.

Los miembros de aquella familia fueron llegando despacito. Algunos solteros; otros, con sus respectivas parejas. Unos primero; otros más luego. Se dio una particularidad en esa noche, Guancho, el menor y más engreído de todos, fue el primero en hacer acto de presencia; sin embargo Chila, que nunca tardaba, fue la última. Al parecer, su esposo Silo no quería llegar, pues aunque medio embriagado, no quería entrar a la reunión familiar.

No bien acomodados, se oyó la voz de Guancho medio irónica, medio acusadora:

- Llegó mi hermana la cabrita con su santo de palo.

Causó en todos extrañeza aquel comentario, pero se hicieron de la vista gorda.

Aquella actividad era ya tan rutinaria en la familia que los presentes parecían autómatas, cada quien en su lugar y condición habitual. La diferencia era Guancho que pasó toda la noche lanzando indirectas contra su cuñado. Este solo callaba y compensaba cada agresión con un nuevo trago de cualquier tipo, pues según se terminaba una comenzaba con la otra; fuera la que fuese.

Al momento de sentarse a la mesa, como siempre, Doña Callefa daba Gracias a Dios y oraba por el bienestar y buen provecho de todos. En medio de la oración Guancho, que parecía endemoniado, exclamó:

-Vieja pa qué uté dando ninguna gracia;; uté no sabe que aquí hay gente que no merece tai con nosotros y poi má gracia que uté dé esta cena cualquiera la vomita...

Doña Callefa siguió como si nada. Esto, sin embargo, enojó más al joven que se paró como un rayo de la silla, diciendo:

- Que deje de dai la bendita gracia; uté no oye lo que yo le etoi diciendo.

Otro de los hermanos, reaccionó en ese momento exclamando:

- Pero qué é lo que este loco está diciendo. Habla claro poique si aquí hay uno que no puede tai entre la gente ese ere tú. Así que decide: o cena o te calla.

- Yo no ceno con ratrero o é que utede no le ven la cara a esa pendeja que ta ahí -señalando a Chila que se encogió asustada- No me van a decí que utede no saben que ese animal de marío que tiene vive matándola a golpe, ¿eh? ¡No me digan que no lo saben...!

Los demás se encogieron también extrañados, porque si bien todos sabían sobre lo que estaban oyendo, las palabras de Guancho dejaban entrever otro motivo que Silo sabía que su agresor estaba dispuesto a escupir a seguidas...

La inercia y el silencio del grupo hizo enfurecer más a Guancho, quien arremetió abiertamente contra su cuñado. Silo, sin perder un segundo y antes de que los demás rea-



ccionaran tomó un cuchillo de la mesa y se lanzó como fiera salvaje contra su agresor ante el estupor de la familia y los ¡No! de Doña Callefa. Un simple tropiezo fue mortal: el cuchillo fue directo al corazón de Guancho quien no tuvo tiempo de defenderse ni de hablar una sola palabra más sobre aquella razón tan fuerte que le hiciera comportarse de la manera que lo hizo aquella noche.

Unos instantes de silencio se produjeron mientras todos, congelados miraban el cadáver de Guancho en el suelo exhalando el último suspiro y Silo ensimismado con el cuchillo ensangrentado en la mano.

-¡Nooo! ¡Nooo! ¡Nooo! Esto no puede ser verdad. ¡Nooo!, mi hijo nooo... ¡Guancho, mi Guanchito...

El llanto, el desconcierto y un sin fin de sentimientos se apoderaron de Doña Callefa, quien se tiró sobre el cuerpo inerte de su hijo, al que estrujaba una y otra vez nerviosamente, al tiempo que la sangre fluía de la gran herida del pecho, bañando por completo ambos cuerpos.

Aquel 24 de diciembre nadie sabe cómo culminó la reunión familiar por la tanta confusión y la sorpresa. Tampoco tuvieron la capacidad para enfrentar las situaciones venideras, que debieron ser asumidas por los vecinos, allegados y familiares. Silo fue encarcelado. Chila, entre la espada y la pared, no volvió a hablar jamás en su vida, solo lloraba y lloraba. Su madre, sumergida en la benigna tiniebla de una amnesia provocada por el impacto de aquellos acontecimientos, duró varios meses como ausente, con la mirada perdida en el vacío y un torrente de llantos y lágrimas que surgían de su interior. El resto de la familia tuvo que asumir con valor la toma' de

decisiones, ya que la madre, viuda de varios años y que había levantado aquellos muchachos siendo a la vez mujer y hombre, estaba completamente aniquilada, destruida, acabada y sin fuerzas, por no decir, sin lucidez.

Pasó el tiempo más lento que nunca, más difícil que nunca y con una nueva dimensión: el dolor, la amargura, el rencor y la apatía. Jamás se volvió a celebrar aquella tradicional reunión y, lo peor, los recuerdos envolvían a aquellos seres cada fin de año, recuerdos que si bien fueron superados lentamente, la imagen del enjuiciado permanecía vívida en sus memorias.

La justicia, de hecho, fue tolerante con el asesino y mediante amiguismos y relaciones fue acortado lo más posible el tiempo de su condena. La familia no asumió represalias por consideración a Chila y a sus dos hijitas que habían vivido un amargo calvario en esos años. Doña Callefa se tornó enferma, callada y hasta un tanto torpe y dislocada. Cada 24 de diciembre terminaba recluida en su cama luego de unos ataques y convulsiones.

Para sorpresa de todos, Silo salió con más poder aún de la cárcel de lo que se podían imaginar. Abiertamente declaró su prepotencia y la familia de su esposa, en lo adelante, fueron sus enemigos mortales. Lo más sorpresivo para todos, no para Doña Callefa, fue la rápida reconciliación de Chila con su verdugo, ante el asombro y decepción de su familia. Aquella hermana que había sido considerada por ellos, a la que nunca interrogaron ni asediaron, ahora les daba la espalda. Ella nunca dijo nada sobre la causa de la muerte de Guancho y menos aún del asesino a quien nunca cuestionó.

Luego de salir Silo de la prisión, su silencio se consolidó por su insólita posición de prepotencia y arbitrariedad

Callefa, con el tiempo, perdonó a su hija y ante la mirada confusa del resto de la familia, también al yerno. Sus motivos tenía: no quería perder más hijos de esta manera. La verdad es que a pesar de ello, vivió toda su vida con el dolor reflejado en su rostro.

Para todos fue algo extraño lo sucedido de principio a fin y hasta la vieja Yapa, que vivió la mitad de su vida sirviendo a aquella familia, no resistió más y se fue de la casa.

Hoy, la muerte de la anciana era llorada desconsoladamente por Chila y con esa muerte quedaba sepultado el secreto que envolvió siempre ese asesinato. Según la vieja Yapa, si de la hija dependía o de su esposo, nunca nadie sabría a ciencia cierta la verdadera razón que destruyó a aquella familia.

## CUARTA MENCIÓN

# La Carta

**Seudónimo:** Alondra

**Autora:** María Lina Martínez Pérez

Calle España # 56, Bonao.

Teléfono 525- 5224

Cuando empezó a escribir la carta, comenzó la lluvia. Un relámpago del tamaño del mundo cayó por el marco perfecto de la ventana. Ella sintió miedo mientras su mirada se perdía contemplando el valle amplio, majestuoso, plasmando en su imaginación las tranquilas aguas de los ríos que lo surcaban. Bonao, aquel valle de hortensias y gardenias, significaba en la



vida de Karla una parte tan importante de su existencia... Aquel relámpago que estremeció su cuerpo no solo la hizo sentir miedo, no el miedo que se tiene a la noche, tampoco el miedo efímero la muerte; era el miedo de volverse a quedar sola. Karla tomó el lápiz fuerte entre sus dedos y escribió la primera frase dando inicio al relato de los momentos más difíciles acontecidos en los últimos años.

Karla era una mujer tenaz, de apariencia fuerte, de ojos castaño profundos, pelo claro y mediana estatura. En el fondo no era más que una mujer común, sensible y nostálgica en situaciones difíciles.

Su vida la definieron los hechos acontecidos a su alrededor. Una vez sonó ser una alondra y explorar la mar, buceando en el azul plasmado en el horizonte donde el cielo parece unirse y reflejar paz en la distancia, nueva forma de vida. El azul intenso que solo en el Caribe existe la impulsaba.

Con el paso de los años, los sueños y las ilusiones se desvanecían al igual que ella.

Con la página en blanco aún, escribió la fecha, un febrero mágico, algo lluvioso, de un día que posiblemente era jueves. Se detuvo al escuchar el ruido causado por la poltrona de Don Joaquín.

El azul intenso de aquellos dos ojos dulces, observaban la tranquilidad y, sobre todo, la profundidad con la que Karla se había aislado para escribir la carta.

Don Joaquín era un hombre tranquilo, de pelo claro y un tamaño considerable. La gustaba la política, pero más que eso, era un abuelo consentidor. Era un hombre de sentimientos nobles.

- ¿Qué escribes? Preguntó. Te salieron las musas o solo te limitas a plagiar a García Márquez.

Karla sonrió, pero continuaba un tanto perdida, ensimismada, intentando escribir el primer párrafo.

Aquellos segundos eternos que transcurrieron fueron el resultado de la intervención de Don Joaquín. Pensó que en cualquiera de esos días, en el momento menos pensado, escucharía el mismo relámpago, sentiría miedo otra vez o comenzaría un segundo párrafo.

Las frases del segundo párrafo comenzaron a surgir: "Hola. Soy yo de nuevo. Te escribo estas líneas para decirte..." se detuvo, se esfumaron las palabras y en su interior sintió de nuevo que había terminado el dichoso primer párrafo. Se detuvo en una coma, algo exaltada, con el corazón hecho trizas y los sueños en aquellos momentos que parecían volar, crecerle alas, correr por las dimensiones de la casa.

El tic-tac del viejo reloj de don Joaquín indicaban las doce de la medianoche, final de la lectura cotidiana. "Próceres de la Independencia" era el título de su nuevo libro. En él se reflejaban todos los detalles, personajes y acciones de la fundación de la República desde su Independencia, destacando el papel protagónico jugado por personajes como Juan Pablo Duarte, Padre y Fundador de la Patria.

- ¿Vienes o te quedas? preguntó. Karla aún vagaba entre las líneas de aquel delicado papel.

-¿Continúas plagiando a García Márquez o qué?

Ella respondió leyendo: "Hola soy yo de nuevo. Te escribo estas líneas para decirte..." Y todo quedó en silencio nuevamente.

Don Joaquín se incorporó, tomó su pipa y se marchó diciendo:

-Dios te bendiga Karla.

Ella no respondió. El tercer párrafo se mostraba lejos, en la distancia, muchos años atrás, en una época en que ella soñaba con su príncipe azul en sus noches prematuras. El, ausente, ni siquiera pensaba en que ella existía.

Karla continuaba perdida en sus ensoñaciones tratando de encontrarse con el cuarto párrafo, mientras daba riendas sueltas a su imaginación. De repente, llegaron a su mente los recuerdos más tiernos ocurridos en el período de los sueños, respecto a su deseado y frustrado amor. Era la década de los ochenta y la última. Esas fueron el inicio, el punto de partida de un amor sutil, débil y fuerte al mismo tiempo. Una historia única que jamás el tiempo podrá volver a repetir.

Aquella mañana calurosa de verano, Karla quiso conocer nuevos amigos y pensó que aquella manía incansable de jugar y crear sueños sola, estaba fuera de lugar, aunque en esos momentos soñó y quiso descubrir qué se escondía detrás de aquellos nuevos amigos.

La casa era de madera. Aquí había vivido desde la partida de su madre. Perdió encanto: fue la principal testigo de sus días felices en la infancia cuando conoció a Ramsés, un marino mercante culpable de sus más tristes días.

Ramsés era alto, de piel clara y ojos profundos; simplemente, un soñador amante de la mar, de los sueños, enamorado de la vida.

La pequeña casa de madera pero gigante en sentimientos fue cómplice de los primeros días de amor, aquellos que

marcaron con besos apasionados los sueños de Karla, los sueños de Ramsés.

- El mar es dulce pero cruel al mismo tiempo, decía Karla.

- ¿Qué dices?, porque en la espuma y el vaivén de sus olas nos transmite paz.

- Es cruel porque nos aleja los seres más queridos pero al mismo tiempo, en su azul intenso, nos comunica que esos seres queridos volverán...

- ¡Qué soñadora eres...!

Ambos se sonrieron.

Con el transcurrir del tiempo, aquel amor que surgió en la pequeña casa de madera, años donde los ojos azules y profundos de Don Joaquín no dejaban de observar, creció...

Ramsés había cumplido sus dieciocho años. Karla también y con estos surgieron nuevos sueños. Esta vez de adolescente. Karla y Ramsés se amaron con un amor sublime. Un amor de esos que solo en los cuentos de hadas existen.

Una mañana, cuando ya el verano agonizaba, Ramsés decidió partir para un país desconocido. Decidió que no se limitaría a soñar ser marinero, sino concretizar el sueño que desde siempre tenía. Viajar, conocer el mar, perderse en su interior metido en su azul, en su sal. Alimentarse de la brisa, de los sueños; ser realmente lo que quería ser...

El sol parecía desfallecer, no presentaba aquel color y reflejo ardiente que solía tener en otras épocas.

- El verano puede ser mortal, pero más cuando vives en el trópico; fueron las palabras de Karla al enterarse de la noticia.



- Verano, cruel verano.

- ¿Qué dices? preguntó Ramsés.

- En un verano caluroso, hermoso de sol ardiente te conocí, ¿recuerdas? Hoy, en otro verano tan caluroso y ardiente, te pienso.

- Tonta, tonta... respondió Ramsés. Eres el amor de mi vida. La persona a quien más amo.

- Te prometo que te escribiré todos los días. Tu estarás en el mar, en mis pensamientos siempre. Al regresar, conformaremos la suma del uno más uno; esa que siempre es uno. Lo compartiremos todo.

El sol entró otra vez por la ventana. Los pasos de Don Joaquín por la casa, el sonido de la cuchara que choca con su taza rutinaria, despertaron a Karla de su largo y profundo sueño.

- ¡Buenos días!, dijo.

Y Karla respondió: "Hola soy yo de nuevo. Te escribo estas líneas para decirte..."

- ¿Qué dices, reina tonta?

Ella se limitó a sonreír al decir:

- Te quiero, viejo gruñón.

Don Joaquín volvió a utilizar la poltrona. Ese mueble tenía un significado especial para él. Era una herencia familiar perteneciente a su abuelo Juan, de quien según él heredó su debilidad por la política.

Karla no dijo más se levantó de la silla que le había servido de cama esa noche y se dirigió al baño. Todo volvió a la normalidad. Al salir del baño, se vistió, tomó su grabador, su libreta de apuntes y se marchó a la rutina diaria de la búsqueda.

da de informaciones y luego a la redacción. Ella era periodista.

Karla concluyó un nuevo día, monótono como otro cualquiera de esos que solo ella podía entender. Volvió a descubrir en lo más profundo de su alma la soledad. Pensó en escribir el cuarto párrafo de la carta, aunque el tercero quedara incolcluso por la partida de Ramsés que desde hacía tanto tiempo no daba señales de vida que se había convertido en su mayor tristeza. Los días de aquel soleado valle parecían ser iguales. No existían diferencias entre ellos. Era común descubrir cómo el lunes se convertía de pronto en sábado y viceversa.

En cada línea de las noticias redatadas había fuerza, deseo de ser mejor, de llegar lejos, de conocer personas y conquistar nuevos mundos. Aquel día lluvioso y común en aquella parte del país, donde sus habitantes nunca se sorprenden de ver cómo una mañana radiante terminaría en una tarde de lluvia, Karla tomó sus cosas, besó la frente de Don Joaquín y se marchó.

Ese día, aparentemente anodino, marcó una etapa en su vida. De repente estaba frente a un joven apuesto y completamente desconocido. Sus ojos transparentes plasmaban en su mirada sinceridad y al mismo tiempo tristeza, soledad y rechazo.

La espontaneidad en el rostro de Pablo era ciertamente poco común en esos tiempos.

Se miraron y ambos sonrieron.

- Hola, como estás.

Karla, tímida, contestó:

- Hola, yo estoy bien. Ando buscando alguien que me informe qué ocurrió aquí...

- Yo también ando buscando lo mismo. Creo que nos hemos juntado dos comunicadores...

Pablo continuó hablando:

- De hecho, el periodismo ha sido la parte más importante de mi vida. Para mí ser comunicador social solo ha representado la conclusión de un reto, de un desafío. Pero, en fin, ¿dónde vives?

- Cerca, próximo a las zonas residenciales que recientemente inauguró el gobierno.

- Parece que la supuesta fuente informativa se esfumó. Aquí no hay nadie. ¿Quieres que te acompañe a tu casa?

- No gracias, es realmente cerca. Bueno, debo irme ya que mi abuelo me espera.

-Volveremos a encontrarnos, ¿verdad?

- Claro que sí. El medio periodístico es amplio, pero las noticias reúnen a los comunicadores. Por ahí nos encontraremos.

La tarde terminó y Karla regresó a la casa. Volvió a sorprender a Don Joaquín en su poltrona con su pipa.

- Viejo gruñón, es que no sabe que fumar le hace daño...

Don Joaquín, ensimismado en la lectura parecía no oírla. Continuó perdido, sumergido en los tiempos de la Restauración, época en la que sobresalió Juan Sánchez Ramírez.

- Sabes abuelo, conocí a una persona muy sensible y especial.

-Buena noticia, periodista. Siempre es agradable conocer gente nueva y más aún cuando esa persona se relaciona con lo que hacemos. Pablo es una persona agradable.

- ¿Dijiste Pablo?

- Sí, ese es el nombre del joven con el que conversé hoy.

Sentada en su escritorio, nuevamente cogió el lápiz, el papel estrujado y decidió escribir el quinto párrafo:

- Hola, cómo estás. Te escribo para decirte que el mundo sigue su curso...

Aquella noche, después de tanto tiempo, concluyó dos líneas completas de su famosa carta. Llegada la medianoche y terminados sus trabajos pendientes, besó como de costumbre la frente del abuelo y se marchó a dormir.

Sonó y en su sueño estaba Pablo. Caminaban juntos por un sendero común en un mundo aparte donde solo existen cosas buenas y en un sentido mucho más real que lo que la vida es. Pablo formaba parte de su existir y ella le correspondía. Despertó y sonrió al recordar. Pensando en voz alta, se dijo:

- Estoy agotada. Debo tomarme un descanso... Minutos más tarde se quedó dormida profundamente y sin sueños.

Al día siguiente, todo parecía que transcurriría rutinariamente. Las amapolas parecían florecer con más vida que nunca, el sol y el calor intensos invitaban a disfrutar de un baño en las cristalinas aguas de uno de los tantos ríos que surcaban el valle.

Karla inició su jornada recogiendo todas sus cosas y se fue rumbo al centro. En esa semana se celebraría el Día del Periodista, abril 2. Con motivo de esta fecha, el número de actividades sería mayor.

Esa tarde, Karla recibió su primera invitación. La actividad daría inicio a la significativa celebración.



Al terminar el trabajo, se dirigió al salón donde se celebraría el acto. Al entrar, divisó entre la multitud que ya llenaba el espacioso local, el rostro de Pablo. Al concluir todo, se decidió a saludarlo.

- Otra vez nos vemos.

-Sí. Es agradable verte de nuevo. ¿Cómo estás? ¿Qué has estado haciendo?

- Estoy bien y hacer, pues creo que lo hice todo, dijo con un tono un tanto burlón.

Esta reunión fortuita marcó de hecho el punto de partida, para el surgimiento de una sincera amistad.

En lo que intercambiaban dirección, teléfono, etc... aquella noche Karla se sintió grande , nadó en sus aguas y sobre todo por conocer a alguien diferente.

Al regresar a su casa se acercó a la cama del abuelo que ya dormía. Besó su frente y se marchó a su habitación. Tomó lápiz y papel de nuevo y se decidió a escribir el sexto párrafo:

-Hola cómo estás. Te escribo esta carta para decirte que el verdadero sentido de la vida es aprender a sobrevivir. Se sintió cansada y en un punto y aparte, marcó el final de la jornada de ese día.

Pasó el tiempo y los encuentros se fueron haciendo más a menudo.

La lectura de Don Joaquín, siempre inspirada en la Gesta Restauradora. Cada capítulo era más interesante y le resultaba fácil sumergirse en el interior de cada página. . En realidad la lectura representaba para él un método de defensa desde que murió su esposa Valentina con quien había compartido por años sueños y realidades.

¿Qué le había hecho Ramsés a Karla?, ¿qué hecho marcó su vida para siempre...? La soledad, el deseo de ver a la persona amada. Muchas veces estar solo no significa no tener personas a nuestro alrededor. En mucho más que eso; es experimentar un vacío en lo más profundo del alma, es sentir que no le importamos a las personas que más amamos en el mundo, es sentir frío y desesperación, es vivir esperando a quien no termina de llegar...

Ahí estaba la respuesta a la pregunta que Karla durante tantos años se hizo. La soledad. Esa palabra de solo tres sílabas que suele ser tan determinante para las personas...

La misma soledad que tanto Don Joaquín como Karla pretendían ocultar. El, dentro de cada página de sus libros; ella, en cada trabajo periodístico redactado.

Las lluvias comenzaron a inundar el valle, las amapolas a morir; pero la llegada de nuevas oportunidades estaba ahí, al doblar de la esquina.

Todo estaba en orden, el país, a pesar de sus crisis, caminaba en vías de desarrollo. La gente, inquieta como siempre, bailando merengue en cualquier esquina, soñando con su Santo Domingo y sintiendo cada parte de la Isla...

Karla reflexionaba sobre su trabajo periodístico. Esa manía constante de ser mejor... Este medio suele ser mezquino, lleno de egoísmos, de gente vil; pero también existen periodistas sanos y con enormes deseos de superación. "He tenido gratos reconocimientos por mi trabajo. Trofeos, placas, en fin, mi labor ha sido distinguida..."

Pensando en voz alta, continuaba diciendo:

- Sin embargo, después de Ramsés, lo mejor que me ha

pasado es Pablo. ¿Será esta mi oportunidad?

- Sabes, tengo una niña. Rossy se llama y es mi mayor orgullo.

Y Karla preguntó:

- ¿Eres casado? ¿Tienes familia?

- No, contestó Pablo. Mi hija es producto de una noche de aventura. De esas que suelen tenerse aunque sea una vez en la vida. Pensar que alguna vez quise deshacerme de ella... mas ahora entiendo que Rossy es lo máximo que hay en mí.

- ¿Y tú?, preguntó entonces...

- Yo tuve un amor frustrante; de esos que dejan huellas. Un amor de adolescencia, pero como todo en la vida es efímero, mi amor también lo fue. En fin, mi gran amor no existe. Hace tiempo que murió en mí...

Se engañaba. A pesar de los años y de los desengaños sufridos, ella conservaba una esperanza en su interior.

Ambos tomaron el camino de su casa y hablaron de tantas cosas que al final terminaron callados, simplemente caminando uno junto al otro. Terminaba así el día.

- Abuelo, expresó Karla al ver a Don Joaquín, por fin terminaste tu libro...

- ¿Y tú? Contestó sonriendo... ¿Cuándo te decidirás a terminar tu famosa carta?

Karla no respondió. Con el corazón lleno de aprensión marchó a su habitación.

El abuelo conocía de su dolor y su soledad, mas demostraba no saber nada.

Karla ese día escribió el séptimo párrafo. Al principio como todos los anteriores, pero esta vez se fueron agregando

palabras. Siempre es hermoso vivir y más aún cuando descubrimos que en el mundo existen personas que aman...concluyó su séptimo párrafo.

Esas frases eran demasiado para Karla que sintió que una gran felicidad se apoderaba de ella y comprendió que el gran final estaba por llegar y que su carta finalizaría y que en su vida los cambios positivos estaban muy próximos.

A las dos semanas, en efecto, la relación entre Karla y Pablo crecía favorablemente. Rossy, la hija de Pablo, comenzaba a querer a Karla y entre ellas se iba construyendo una bonita relación. Día tras día ambos se preocupaban por unir sus sentimientos y ella comenzó a entender que la vida le invitaba a ser otra, que la gran oportunidad había llegado.

Una noche, al llegar a su casa decidida escribió el octavo párrafo. Esta vez comenzó de esta manera:

- Hoy descubrí que estar vivo vale la pena...

Los días pasaron y ese sentimiento hermoso se consolidó entre Karla y Pablo. Más que amor, más que el deseo, más que ilusiones, era identificación. Ambos querían ser distintos para el otro y lo fueron...

El noveno párrafo no se hizo esperar y comenzaba así:

- El dolor y la tristeza fueron compañeros fieles, presentes en todos los momentos de mi vida; pero hoy son solo dos sentimientos que en mí no tienen cabida...

La carta por fin fue concluida:

- Hola como estás. Te escribo para decirte que el mundo sigue su curso y que el verdadero sentido de la vida es aprender a sobrevivir. Siempre es hermoso vivir y más aún cuando existen personas que aman. Hoy descubrí que estar vivo vale

la pena. El dolor y la pena fueron compañeros fieles en todos los días de mi otra vida. En la que tengo ahora, para esos sentimientos no hay cabida. Hoy descubrí que se puede ser otra y feliz...



QUINTA MENCIÓN:

---

Donde pueda,  
chofer.

**Seudónimo:** Snoopy

**Autora:** Aura Viviana Santana Sang

Calle Maximiliano Guzmán # 7, Bo. Roque, Moca

Teléfono 578- 4994

Llevaba horas trabajando. Estaba exhausto. Solo podía pensar en la hora de salida y miraba el reloj constantemente. Por fin llegó la hora y salió tan rápido como pudo de aquel infierno. Vio que así como él, salía a toda prisa una multitud

de hombres y mujeres con rostros cansados. Esta escena la presenciaba día tras día, pero en esta ocasión, por primera vez en meses, se detuvo a observar las miradas cuyo único punto de reunión era la puerta de salida. Reflejaban estas un indecible desaliento e incorformidad.

Al llegar fuera, todos se esparcían con diferentes destinos, con la misma mirada, abatida aún y solo un pensamiento corría por su mente: "Estoy en el mismo sitio de todos los días, haciendo lo mismo de todos los días, viendo la misma gente de todos los días, pero... me siento perdido, no sé dónde estoy o para qué estoy trabajando o viviendo..."

Divagaba así su mente mientras caminaba, hasta que llegó a la avenida, donde el tráfico era horrible y donde habían varios carros de concho esperando los pasajeros que salen a esa hora de "La Zona". Se montó en uno bien destartado que se llenó inmediatamente. Pasó sus monedas al chofer y se acomodó, o mejor dicho, trató de acomodarse un poco.

Qué sensación tan extraña sintió entonces al darse cuenta de que era solo un niño. Miró hacia todos lados, asustado. Sabía dónde estaba, pero se sentía perdido. Iba viendo casas y calles y esquinas y con un terrible temor se da cuenta que, aunque pasa por ahí todos los días, hoy está perdido. Se siente asustado. Va leyendo alguno de los letreros que pasan súbitamente ante sus ojos; algo le dice que por ahí se va a su casa, pero algo más fuerte aún le repite una y otra vez que está perdido. Sabe ya que todos los días se queda en "La Valerio", pero hoy su mente está confusa, no dice ni una palabra y el carro sigue su ruta.

Se siente cada vez peor, el miedo lo domina. Entonces

ve que se aproximan a una rotonda y tanto como por instinto como por desesperación dice: "Donde pueda, chofer..." El carro se detiene y él se baja sin saber a dónde ir. Mira hacia todos lados, se siente preso de la libertad y víctima de la voz ensordecedora de la ciudad. Viene entonces a su mente el recuerdo de su casa, la que siempre ha detestado. Recuerda una barra que está al lado, porque noche tras noche se despierta asustado por las riñas que provocan los borrachos.

De verdad, odia donde vive, pero ahora no recuerda dónde está su casa y el miedo cubre nuevamente sus huesos. Mira una vez más a su alrededor y piensa: "¿Qué hago yo aquí? Estoy solo, soy muy pequeño y no soy capaz de llegar a mi casa. No puedo, definitivamente no puedo. Estoy perdido."

Comienza a caminar entonces sin rumbo y sin suerte. El sol de la tarde no lo perdona y siente que le quema el lado derecho de la cara. Se siente como aletargado, no sabe a dónde va, no sabe ni lo que busca, pero sigue caminando...

Inconscientemente talvez, dobla esquinas, sube y baja calles sin mirar nada; nada le interesa, porque solo quiere ver su casa.

De repente se detiene y repara que a su lado, sentado en el suelo, envuelto en harapos y muerto de hambre, se encuentra un anciano hablando solo y piensa: "Este viejo está loco." De todos modos se dirige a él para preguntarle:

- Señor, ¿me puede decir en dónde estoy?

- A tó ete pedazo le llaman Camboya, mijo.

El niño se sorprendió al darse cuenta de lo alejado que estaba de su casa; sin embargo, su sorpresa fue mayor cuando oyó al viejo hablar nuevamente:

- Epa muchachito, le dijo el viejo mirándolo fijamente, yo te conozco. Yo te conozco mejoi que tu mama. Yo sé cómo tu piensas y sé que tu tá confundió. Yo sé, poique yo también 'taba así.

- Yo tuve una mamá muy buena, pero mi papá fue un desgraciao y me dejó botao cuando yo era chiquininingo. Yo iba a la escuela, pero no estudiaba ná y dede que 'taba un hombrecito me gutaba bebei mucho. Si conseguía un trabajito, no duraba ná o me bebía tó lo cuaito. Yo tuve mucho chance pa echai 'pa lante, pero no lo supe aprovechar. Yo sabía qué era lo bueno y que era lo que había que hacei, pero me hacía el chivo loco y na má me decía que yo comoquiera nunca iba a seiví pa' ná.

- Así mimito tu etá dique peidío, tu no tá peidío ná. Tu bien sabe pa' onde que va, pero lo deja pasai. Taivé tú no me lo cré, pero así como tu me vé, yo soy tu mimo. Si tu hubiera hecho algo mejoi poi tí, yo no tuviera que pedí en la calle. Así mimo é. Ve a vei lo que tú va a hacei, poique yo soi ei viejito que tú va a sei mañana...

Un bocinazo lo sacó de su letargo. Abrió los ojos alterado, sobresaltado; aún sentía todo el cansancio del trabajo. Se pasó las manos por la cara para espantar el sueño, sintiendo la aspereza de su barba sin afeitar.

Miró hacia su derecha para ver en qué parte iban y luego dijo:

- Donde pueda, chofer.





# III.

## ANEXOS

# LA EXPERIENCIA DEL CONCURSO DE CUENTOS DE RADIO SANTA MARÍA EN PERSPECTIVA

---

**Por Carlos Fernández-Rocha**

(Profesor de la PUCMM)

Cuando hace cinco años el padre Antonio Lluberes nos convocó en La Vega para dejar constituido el primer jurado del Concurso de Cuentos de Radio Santa María ni el poeta y ensayista Enriquillo Sánchez, ni el educador vegano Julián Álvarez, ni un servidor sabíamos en qué aventura nos estábamos metiendo. En esa primera convocatoria tuvimos

que examinar más de cuatrocientos cincuenta textos sometidos a concurso, desde cuentecitos de Pepito con apenas veinte o veinticinco líneas, hasta un memorable mamotreto de casi cien páginas.

El trabajo fue ímprobo, aunque al final los mejores, como siempre suele suceder, salieron vencedores. Cada uno de los miembros del jurado, residentes habituales de ciudades distintas y con mínimo contacto personal, nos reunimos con una preselección de unos quince textos que resultaron para sorpresa de todos, una preselección casi unánime.

En años siguientes, el proceso de autocensura y selección natural ha ido moderando la cantidad de participaciones, aunque todavía para el Tercer Concurso, recuerdo perfectamente que sobrepasaron los doscientos. Lo más sorprendente no era, sin embargo, la capacidad de convocatoria de Radio Santa María y el entusiasmo entre los participantes, sino la notable dispersión geográfica de los mismos. Higüey, Santo Domingo, Azua, Nagua, Cotuí, Santiago de los Caballeros, Montecristi, La Vega, Moca, Constanza, Santiago Rodríguez, Cevicos, San Cristóbal, La Romana, Barahona, San José de las Matas o Dajabón han sido las localidades de los remitentes al concurso y, en consecuencia y sin pretenderlo de manera explícita, el Concurso se hizo efectivamente nacional.

En esta última edición hemos encontrado varias novedades. El jurado se reunió el domingo 18 de marzo en La Vega con la adición de la querida Emelda Ramos quien sustituía a Julián Álvarez que actualmente reside en Santo Domingo y que por razones de trabajo había declinado la convocatoria.

Nuevamente la preselección que cada uno había hecho previamente, resultaba casi idéntica. El jurado, de esa manera, llegó a acuerdos con facilidad y en un corto período de tiempo, concluimos el trabajo de este año.

Quizás por esa misma razón, pudimos dedicar un buen rato a intercambiar algunas impresiones que comparto ahora con todos los lectores. Una de las primeras ideas que surge del recuento de las narraciones leídas fue la alta frecuencia de participaciones de la mujer. Le solicitamos a los organizadores que abrieran todos los sobres para constatar esta realidad y unos días más tarde, en el Acto de Proclamación de los Ganadores y Entrega de Premios se nos informó que el treinta y nueve por ciento de los concursantes en 1998 fueron mujeres.

Por otra parte, por segundo año consecutivo, un significativo grupo de cuentos provenía de la Comunidad de Dominicanos en los Estados Unidos. Inclusive, el ganador del Primer Premio, el poeta y pintor de Cotui Diógenes Abréu, reside actualmente en Nueva York.

Además, personas de reconocida trayectoria literaria que en otras ocasiones habían participado y ganado, se habían abstenido en esta ocasión por las razones que fueran. Eso dejó campo abierto para los más jóvenes y menos conocidos concursantes que coparon la mayoría de los premios y menciones.

Si nos fijamos en el contenido, hay una presencia aplastante de la urbe y de lo cotidiano en estas narraciones. Una ciudad que se siente como extraña, agresiva y enajenante; una ciudad en rápido proceso de modernización pero con pro-

fundas raíces en una sociedad patriarcal que oprime y desnaturaliza las relaciones entre ellos y ellas, que tuerce y torna enfermizos los matrimonios. Aún se ve, en forma más ocasional, los temas y argumentos relativos a la tierra aunque tratados entonces con gran modernidad en las formas de expresión e incluso con riesgos experimentalistas.

Por último, suele notarse en estos jóvenes escritores una fascinación por la palabra. No cualquier palabra, sino aquella oscura y de uso poco frecuente. Fascinación por las adjetivaciones insólitas, por los giros lingüísticos sorprendentes. Este es el factor que convierte en torpe y pesada la prosa, el que dificulta la comunicación más directa e inmediata. Con la madurez es que viene el convencimiento de que la mejor palabra, la más preciosa y perfecta no es la más rara y poco frecuente, sino la que mejor expresa lo que se siente y lo que se piensa. Las palabras las dicta las entretelas del escritor, no las páginas de un diccionario de sinónimos.

Auguramos para este concurso muchos años de vida. Su dinamismo interno indica un constante mejoramiento de la calidad y un crecimiento en profundidad de sus temas, manteniendo siempre esa amplitud de representación territorial. Otros concursos han crecido y siguen creciendo inspirados en otros parámetros; el de Radio Santa María es el Concurso de nosotros, la gente del interior...

Santiago de los Caballeros,  
21 de marzo de 1998,  
Cfr.-



## ACTA ÚNICA

Los miembros del jurado de este Vº Concurso de Cuentos, convocados por la Dirección de Radio Santa María a ponderar el conjunto de narraciones cortas presentadas este año, hemos llegado a determinar los premios y menciones que a continuación consignamos:

### **Primer Premio**

Título: Por el trayecto de la madrugada

Seudónimo: El Turey de Washington Heights

Autor: Diógenes Abréu

25 Hillside Ave. 6 C

New York, New York 10040

Teléfono: (212) 569-0441

**Segundo Premio.-**

Título: Delirium

Seudónimo: Aguja

Autora: Mélida García Reyes

Manzana A # 12,

Barrio Los Mineros, Cotuí.

Teléfono: 585- 3215

**Tercer Premio.-**

Título: La Mudanza

Seudónimo: Mignon

Autora: Delta Soto

Avenida Independencia \$ 1505, Apt. 101-C

Santo Domingo, D.N.

Teléfono 533- 0717

**Cuarto Premio.-**

Título: El Círculo Infinito

Seudónimo: Asterión

Autor: Rodín Fadul

Calle 15 # 2, La Zurza II

Santiago de los Caballeros.

Teléfono 582- 9805

**Quinto Premio.-**

Título: El último recodo de la luz

Seudónimo: H.P.Lovecraft

Autor: José Martín Paulino

Prolongación D # 15 , Urbanización Abreu

San Francisco de Macorís.  
Teléfono 588- 6750

**Primera Mención.-**

Título: El recuerdo de Asdrúbal  
Seudónimo: Virgo  
Autor: Emilio Fernández  
Calle Colón # 9,  
Santiago de los Caballeros  
Teléfono 581- 0732

**Segunda Mención.-**

Título: Pasión de la noche  
Seudónimo: La Carta Robada  
Autor: Roberto Ortiz  
Calle Ramón Cáceres # 127, Ensanche La Fe,  
Santo Domingo.  
Teléfono 412- 1989

**Tercera Mención.-**

Título: 24 de diciembre  
Seudónimo: Chu  
Autor: Bienvenido Pantaleón  
Calle 27 de febrero # 37  
San Francisco de Macorís.  
Teléfono 588- 0692

#### **Cuarta Mención.-**

Título: La Carta

Seudónimo: Alondra

Autora: María Lina Martínez Pérez Calle España # 56,  
Bonaó.

Teléfono 525- 5224

#### **Quinta Mención.-**

Título: Donde pueda, chofér...

Seudónimo: Snoopy

Autora: Aura Viviana Santana Sang

Calle Maximiliano Guzmán # 7, Bo. Roque,  
Moca.

Teléfono 578- 4994

---

De lo cual damos fe, a los 18 días del mes de marzo de 1998, en las  
oficinas de Radio Santa María, La Vega

Lic. Enriquillo Sánchez

Lic. Emelda Ramos

Lic. Carlos Fernández-Rocha





Este libro se terminó de imprimir  
en la Editorial Amigo del Hogar  
de Santo Domingo, D.N.,  
en setiembre de 1998





INDUSTRIA DE TABACO LEON JIMENES, S.A.





INDUSTRIA DE TABACO LEON JIMENES, S.A.